

SELECTA

Año III

Número 10

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Santiago de Chile, Enero de 1912

Precio:

UN PESO

Editores propietarios: Empresa Zig-Zag, Teatinos 666



"EL AMOR ES CIEGO"

VIRGIL TOJETTI



HECHOS Y NOTAS



los pueblos que no tienen historia. Sólo á medida que se avanza en la existencia comienza á comprenderse cuánta felicidad hay en la vida apacible, sin accidentes ni contrastes, sin tempestades ni luchas. La vida no debe de ser un drama, sino más bien una égloga pastoril como esas que tanto agradaban á los antiguos.

Llega la hora de la emigración anual.

Nuestros abuelos que no tenían ferrocarriles como nosotros, hacían su viaje al sur ó á la costa, encaminándose á los fundos en carretas ó en pesados carromatos; se demoraban dos días en llegar á Valparaíso y ocho ó diez en llegar á Concepción. Aquello era largo, pero en cambio era pintoresco, había que vadear ríos y esteros, que cruzar lentamente por desfiladeros peligrosos, como los célebres cerrillos de Teno, en donde les aguardaban á veces partidas de foragidos trabuco en mano. Al caer la noche se refugiaban en las posadas del camino, lo que dió vida á multitud de pequeñas poblaciones que, con los ferrocarriles, han venido á menos. Los paisajes pintorescos recreaban la vista; se merendaba en el camino, echando mano á los canastos bien provistos de fiambres y de municiones de boca: los pollos eran sacrificados sin consideración alguna, y el vaso ó potrillo de chacolí corría de mano en mano. En acabando la merienda comenzaba la guitarra á funcionar sin descanso; las sabrosas tonadas del terruño se sucedían unas á otras. Sobre las pesadas carretas solían extenderse colchones sobre los cuales dormían á pierna suelta aquellos seres empadernados é insensibles á los placeres del canto. Llegaban todos rendidos á las fondas, en las cuales habían de pernoctar. Levantábanse al rayar el alba y continuaban la pintoresca y alegre caminata más parecida á un paseo que á viaje. El progreso ha desterrado, con los trenes rápidos, aquellas inolvidables horas de alegría; el ferrocarril es más rápido pero menos interesante que la antigua calesa. La vida ha ganado en comodidades pero ha perdido su carácter pintoresco y único; por eso no es posible escribir en Chile novelas de carácter regional, como las de don Alberto Blest Gana, que tanto nos deleitan, mostrándonos el viejo Chile que ya no existe, con su tono pintoresco y su colorido local. En Europa, el automóvil ha vuelto á los antiguos tiempos con las facilidades que procura para detenerse en donde á cada cual le place; merced á él, uno puede detenerse en donde juzga conveniente y admirar los paisajes y las puestas de sol, sin que venga á molestarle en sus admiraciones al llamado del conductor del tren.

A mediados de Diciembre comienza la emigración veraniega de los santiaguinos, en busca de aire fresco, de horas de reposo para el desgaste de las fiestas del invierno que consumen tanto como las horas de lucha y de trabajo. Uno se admira cómo las hermosas niñas que vemos en bailes y paseos, en continuas funciones de teatro, en matinées y tertulias, pueden mantenerse frescas y resistir una vida infernal, sin quebrantos. Balzac decía, en cierta ocasión, que una joven de apariencia frágil como la porcelana, tiene más resistencia que un hombre de acero y puede soportar tranquilamente lo que á él le mataría. Las vacaciones vienen á salvarla, devolviéndola la sangre á sus venas agotadas, y la frescura á su tez que comienza á marchitarse con la anemia.

Antes de partir á la estación balnearia de moda irá probablemente al campo, al fundo de padres ó parientes, en donde pasará mes y medio, probablemente sola y aburrida.

Es que no tenemos el arte de la vida cómoda y agradable; no sabemos rodearnos de las pequeñas cosas que constituyen la delicia del campo en los países cultos. Si bien hallamos en muchos fundos salas de billar ó canchas de tennis, en muy pocos encontramos esparcidas las cómodas sillas americanas sobre las cuales puede uno inclinarse á meditar ó á leer, las mesas cargadas de revistas y de periódicos ilustrados, cuyas subscripciones son ahora tan baratas, y que nos permiten seguir gráficamente el desarrollo de los acontecimientos en el mundo entero, como si á nuestra vista pasaran. Ni tampoco se ve, con frecuencia, los magníficos pianos ó pianolas que permiten tocar como un con-

sumado maestro, las piezas más hermosas del repertorio clásico. Nada es más exquisito que escuchar una melodía de Beethoven ó de Mozart ó de Chopin, en las soledades del campo, bajo la enredadera de algún viejo comedor, á la luz de la luna, en el silencio exquisito, sólo turbado por el correr de algún río entre las piedras de su lecho ó por el galope lejano de algún caballo. Nuestros hacendados, que son ricos por lo general, podrían procurarse gustos de ese género, pero jamás sienten las exigencias de la vida artística, del alimento espiritual, de la armonía. Creen, los más de nuestros agricultores, que todo se reduce al negocio, á la buena cosecha, al gran rendimiento, á la engorda del ganado. Y cuando llegan las hijas, no tienen placeres delicados que ofrecerles.

En cambio, consentirán tranquilamente en que lean cualquier libro; eso, como no cuesta gran cosa, les tiene sin cuidado. Y sin embargo, nada hay más peligroso que un libro, nada que sugiera sentimientos perturbadores, sino se cuida el libro que habrá de ponerse en manos de una niña. Es una simiente que arrojamus al surco y que germinará, quién sabe dentro de cuántos años, en forma que nosotros no sospechamos. Un libro trae consigo el instinto inconsciente de la imitación de una manera fatal é inevitable. Es conocido el hecho de que cuando apareció el "Werther" de Goethe, hubo muchísimos suicidios de amor; aquello se había convertido en una manía contagiosa; el drama "Los Bandidos" de Schiller provocó imitaciones lamentables; los libros de caballerías trastornaron el juicio de muchos buenos hidalgos de carne y hueso, á más del ingenioso don Quijote cuyas aventuras han conmovido á la humanidad por espacio de siglos.

En una linda cabeza rubia ó morena, las aventuras sentimentales de los personajes de novela colocan una levadura de emoción, y un ansia de sentimiento. Dejan caer el libro sobre sus rodillas y se ponen á soñar con el joven que habrá de envolverlas en algún episodio romántico: esperan la llegada de un hombre que acaso jamás parecerá y que habrá de traerles dichas desconocidas. Tal vez algún sueño peligroso y perturbador se fijará en su imaginación, con caracteres imborrables. El padre debe cuidar en extremo la lectura que haga su hija, como ciertos venenos que administrados en pequeñas dosis salvan á los enfermos y en fuertes dosis los matan; deben procurarles alimento espiritual, necesario para interrumpir la monotonía de la vida, para elevarnos á mundos más altos y mejores, para cultivar la parte sana y noble de nuestro ser. Pero, al mismo tiempo deben cuidar cuál sea el alimento que se procure.

Por eso creemos que la cuestión de las distracciones de campo tiene una importancia considerable. Los ingleses entienden como nadie esas cuestiones; saben hacer agradable la vida diaria, en forma de que nunca echen de menos la ciudad y sus placeres. Por eso el ausentismo, una de las plagas de nuestra agricultura, no existió entre ellos. Y en esto, con un gasto momentáneo, hay honra y provecho, pues bien sabido es que al ojo del amo engorda el buey. Ausentándose menos del fundo, los negocios habrán de ser mejores y la fortuna acude pródigamente en su auxilio.

Por su parte, las niñas que estén contentas en sus tierras y se vean rodeadas de todas las comodidades y placeres, que tienen buenos libros y excelente música, muebles confortables, cortinajes, grabados, una caja de pinturas ó de acuarelas no reclamarán con tanto brío el viaje á Viña ó á la playa cara en donde los hoteleros cobran un sentido y llegan hasta sumar el número de la pieza en la cuenta de los gastos.

El confort no es tanto cuestión de gasto y de dinero como de buen gusto y de sentido artístico. Basta con preocuparse un poco de arte, lo que hace falta en nuestra vida chilena, en la cual los padres se contentan con enseñar á sus hijas un poco de música y algo de canto que olvidarán, por cierto, al día siguiente al matrimonio, como si sólo sirvieran de liga para cazar maridos.

Se ha dicho que tenemos mucho de la raza sajona; ojalá fuera cierto. Para probarlo es menester que les imitemos no solamente en el vestir sino en los gustos, en el amor al home, en el sentido de las comodidades y del respeto á sí mismos. El hogar agradable hace el matrimonio feliz; doy este pequeño secreto á los matrimonios jóvenes, y si lo toman en cuenta no se arrepentirán de su suerte.

LUIS ORREGO LUCO



Las Grandes Obras Maestras de la Pintura

DE 1400 A 1800

(Conclusión)

De los artistas napolitanos que en realidad, fueron muy pocos los buenos, no podemos pasar de largo sin citar al mejor de ellos. *Salvatore Rosa* (1615-1673) se dió á conocer primeramente como poeta y músico y en seguida entró de discípulo de Rivera y Falcone, pintor de batallas. Le atribuyen muchas obras que no son de él. Pintó con preferencia escenas militares y de bandidos, siempre trató de distinguirse por su colorido sombrío y salvaje. Así como la mayor parte de sus contemporáneos, se entregó por completo á la pintura realista y puede considerarse como el más gran paisajista de su país; su oposición de claros y oscuros encuadran maravillosamente sus escenas de carnaje y paisajes desolados.

No hay distancia más formidable que entre la pintura napolitana del siglo XVII y la veneciana del siglo XVIII. Es el paisaje brusco, sin ninguna transición, de las tinieblas á la luz; mientras que el arte va á la decadencia rápida en todas partes, en Venecia algunos artistas surgen, sus visiones originales hacen creer en un resurgimiento.

Giovani Battista Tiepolo, es una de estas brillantes excepciones, uno de aquellos últimos astros que aparecen en el cielo del arte. Nació en Venecia en 1692, fué discípulo de un pintor de poco mérito. Cubrió con su pintura casi todas las paredes de la Chiesa dei

Scalzi, en Wurzburg decoró el palacio Arzobispal; en Madrid ejecutó numerosos frescos en el Palacio Real, donde murió en 1770. Su estilo es particularmente claro y joven,



FRAGMENTO DE UN PLAFOND

JUAN BAPTISTA TIEPOLO

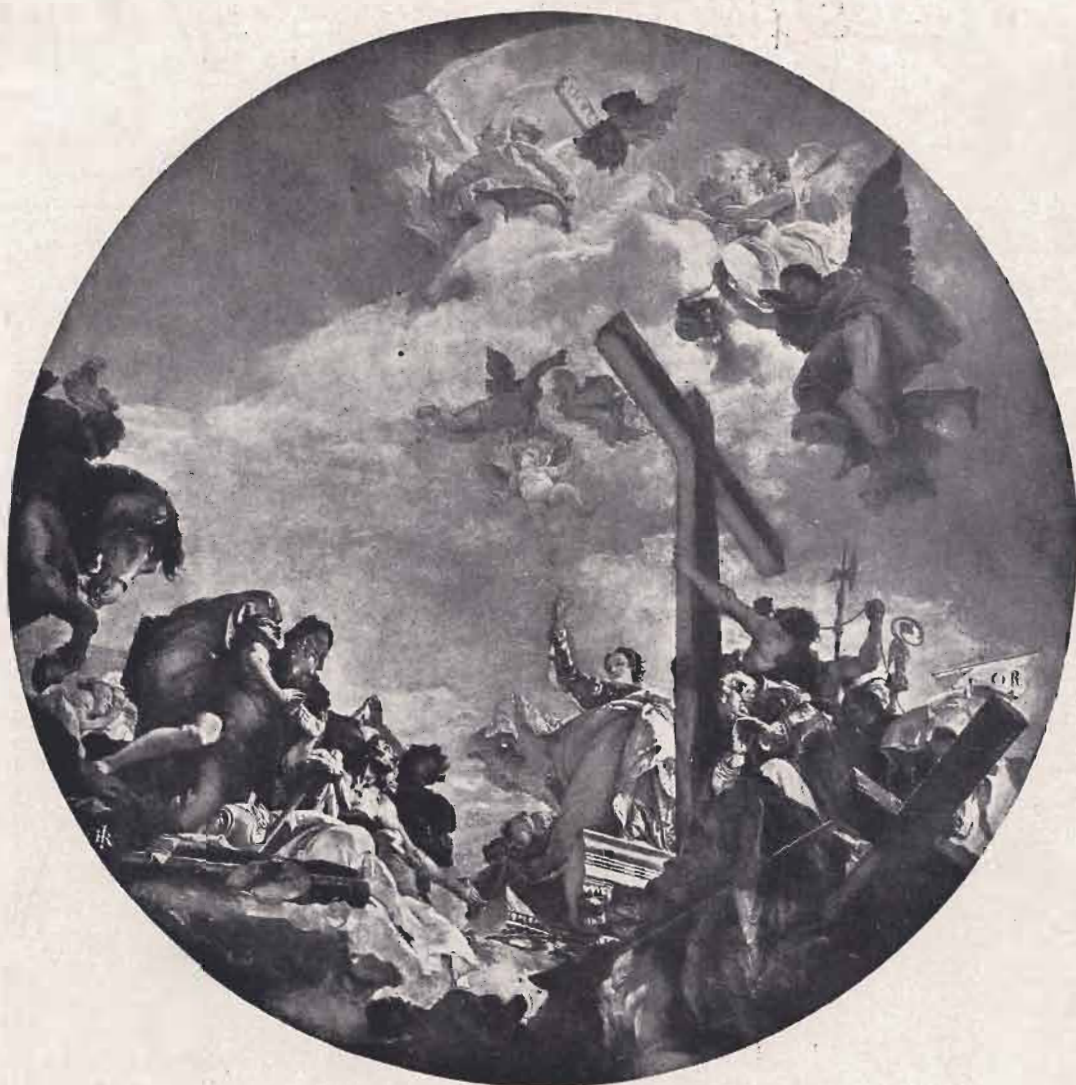


MARINA

SALVADOR ROSA

que hace más bien creer que es el contemporáneo de la aurora de la escuela en vez del ocaso. Su arte consiste en agradar y no hay para él sobre la tierra más que una humanidad rica y floreciente, las bellas damas son dioses, sus caballeros están invariablemente vestidos de seda y terciopelo.

Antonio Canale: llamado *Canaletto*, termina la gloriosa serie de venecianos y aún diremos la era de los grandes maestros



INVENCION DE LA CRUZ

JUAN TIEPOLO

de Italia. Nació y murió en Venecia (1697-1768). Ejecutó un arte que uno está tentado á creerlo de la época de la decadencia, por ser sus obras vistas de ciudades: pero su pintura es de un maestro de primer orden.

Sus principales trabajos son vistas de Venecia, la más maravillosa y encantadora de las ciudades, de los palacios del Gran Canal y de las basílicas de mármol y mosaicos. Cada una de sus obras es una obra maestra, su pincel describe la ciudad mágica y del encanto con la misma maestría que sus antecesores glorificaban las nobles damas y grandes personajes.

Después de este brillante meteoro la Italia se sumerge en un letargo del que aún no despierta por completo.



EL GRAN CANAL Y LA BASILICA DE SANTA MARIA

ANTONIO CANALE



Turiddu Macera, el hijo de la tía Nunzia, al volver del servicio todos los Domingos se pavoneaba en la plaza con el uniforme de "bersagliere" y la roja boina. Las mozas se lo comían con los ojos cuando iban á misa, con las narices metidas en el embozo del manto; y los chicuelos zumbaban á su alrededor como las moscas. Había traído consigo una pipa con el Rey á caballo, que estaba que ni pintado, y encendía el fósforo sobre la parte trasera de los pantalones, alzando la pierna como si fuera á dar un puntapié á alguien. Más, con todo esto, Lola, la del tío Angelo, no se dejaba ver ni en la misa, ni en el baile, pues se había casado con uno de Licodia, carretero de oficio, que tenía á pesebre cuatro mulas de Sortino. Al principio, cuando Turiddu lo supo, ¡santo Dios!, quería sacarle las tripas de la panza á aquel de Licodia! Pero no hizo nada, y desfogó su cólera yendo á cantar todas las canciones crueles que sabía, bajo la ventana de la hermosa.

—¿Pero, no tiene nada que hacer Turiddu, el de la tía Nunzia,—decían los vecinos;—ya que pasa las noches cantando como un gorrión solitario?

Finalmente apareció Lola, que volvía de la peregrinación de la Madonna del Peligro; y, al verle, no se puso ni roja ni pálida, como si ella no tuviese culpa de lo ocurrido.

—¡Feliz quien la ve!—le dijo él.

—¡Oh, compadre Turiddu, bien me dijeron que había usted vuelto á principios del mes!

—¡Y á mí me han dicho otras cosas más!—repuso él.—¿Es cierto que se casó usted con el compadre Alfio, el carretero?

—¡Dios lo quiso!—respondió Lola, cubriéndose el mentón con los dos flecos del pañolillo que llevaba al cuello.

—¡La voluntad de Dios es el estira y afloja, como os da la gana! ¡Y la voluntad de Dios ha sido que yo volviera de tan lejos para encontrarme con estas buenas noticias, "ña" Lola!

El pobrete intentaba aún hacerse el valentón; pero su voz se había tornado ronca: é iba tras de la muchacha contoneándose, con la borla del birrete bailándole de aquí para allá, sobre las espaldas. A ella, en conciencia, la daba pena verle con la cara larga; pero no tenía ánimo de alucinarle con prometedoras palabras.

—Oiga compadre Turiddu,—le dijo al fin,—déjeme reunirme con mis compañeras. ¿Qué dirían en el país si me vieran con usted?...

—Es justo,—respondió Turiddu;—ahora que se casó usted con el compadre Alfio, que tiene cuatro mulas en el pesebre, no hay para qué dar que decir á las gentes. Mi madre, en cambio, la pobrecilla, tuvo que vender la mula baya, y el pedazo de viña junto del camino real cuando yo era soldado. Pasó aquel tiempo en que Berta hilaba, y usted no se acuerda más de cuando hablábamos por la ventana del corral, ni de que me regaló aquel pañuelo, antes de irme, que Dios sabe cuántas lágrimas mías ha secado, cuando me marché tan lejos, tan lejos, que hasta se perdía el nombre de la tierra. Y ahora, adiós, "ña" Lola, hagamos de cuenta que la amistad se acabó.

La "ña" Lola se casó con el carretero; y los Domingos, en baile, plantábase con las manos sobre el vientre, á fin de lucir los gruesos anillos de oro que la regalase su marido. Turiddu seguía pasando y volviendo á pasar por la calleja, con

la pipa en la boca y las manos en los bolsillos, con aire de indiferencia, flechando á las muchachas; pero en su interior roía el pensamiento de que el marido de Lola poseyera tanto oro, y fingiera no darse cuenta de cuando él pasaba.—"Quiero darle una lección á esa perra",—gruñía.

Frente al compadre Alfio moraba Cola, el viñador, que era tan rico como un Cresó, según decían, y tenía un lindo retoño en casa. Turiddu tanto dijo y tanto hizo, que entró en amistad con el tío Cola, y empezó á frecuentar la casa y á murmurar palabritas dulces al oído de la chica.

—¿Por qué no va á decirle á la "ña" Lola estos primores?—respondía Santa.

—¡La "ña" Lola es una señorona! ¡La "ña" Lola se casó con un rey coronado, hija!

—Pues yo no merezco los reyes coronados.

—Usted vale por cien Lolas, y yo me sé de un hombre que no miraría á la "ña" Lola, ni al santo de su nombre, cuando está usted delante; pues la "ña" Lola no es digna de calzarle los zapatos; lo digo yo: no es digna.

—La zorra, cuando á la uva no pudo llegar...

—Dijo: ¡qué buena eres, raicita mía!

—¡Ché! Esas manos, compadre Turiddu...

—¿Qué, tiene miedo de que me la coma?

—Yo no tengo miedo de usted ni de su Dios.

—¡Eh, qué bien se ve que su madre era de Licodia! ¡Tiene usted viva la sangre, chiquilla! Uy! ¡Qué me la comería á usted con los ojos!

—Cómame, pues, con los ojos, que migajas no han de quedar; pero, entretanto, avienteme aquella gavilla.

—¡A usted le aventaría la casa toda, toda!

Ella, para no ruborizarse, le tiró á la cabeza un tronco que tenía á mano, y no le pegó por milagro.

—Demos traza de irnos, porque las charlas no desenredan sarmientos.

—Si fuera rico, me gustaría buscar una hembra como usted, "ña" Santa.

—No me casaré con un rey coronado, como la "ña" Lola; pero mi dote la tengo yo también, para cuando el Señor me mande á alguien.

—¡Ya sabemos que es usted rica, ya!

—Si lo sabe, entonces, lárguese, porque padre está para llegar, y no quiero que me encuentre en el corral.

El viejo comenzaba á torcer el gesto, pero la moza fingía no advertirlo, pues la boina de "bersagliere" se le había metido de rondón en el alma, y siempre le andaba bailando ante los ojos. Así, cuando el padre puso á Turiddu á la puerta, ella abrió la ventana, y tanto peló la pava con él todas las noches que en el vecindario no se chismeaba de otra cosa.

—¡Por tí me vuelvo loco, y pierdo el sueño y el apetito!

—¡Ay, qué guasa!

—¡Quisiera ser hijo de Víctor Manuel para apañarme contigo!

—¡Guasa!

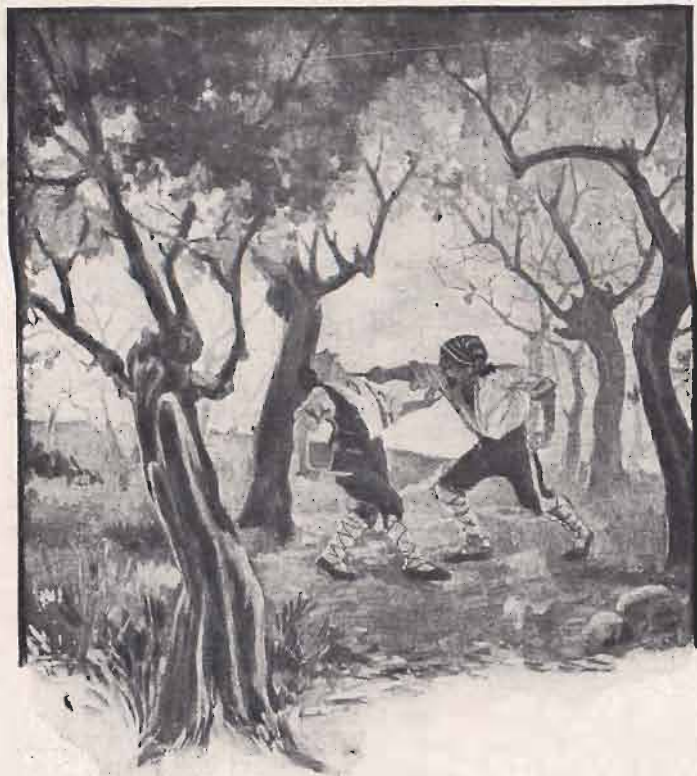
—¡Por la madonna que te comería como si fueras pan!

—¡Fuera, padre!

—¡Te lo juro!

—¡Ay, mi madre!

Lola, que escuchaba todas las noches, tras de la maceta de albahaca, poniéndose ora pálida, ora encendida, un día llamó á Turiddu.



—¡Diga, compadre Turiddu, á los amigos viejos no se les saluda ya?

—¡Vamos!—suspiró el mancebo.—¡Feliz quien puede saludarla!

—¡Pues ya lo sabe: si tiene intención, estoy en casa!—respondió Lola.

Turiddu hubo de visitarla tantas veces, que Santa, no bien se apercibió de ello, dióle con la puerta en las narices. Los vecinos señalaban al "bersagliere" al pasar, con una sonrisa, ó con un movimiento expresivo de cabeza. El marido de Lola andaba trabajando con las mulas por las ferias.

—El Domingo quiero ir á confesarme. Anoche soñé en la uva negra,—dijo Lola.

¡Déjalo! ¡Déjalo para otra vez!—suplicaba Turiddu.

—No, ahora que se acerca la Pascua, si no me confesara, mi marido querría saber el por qué.

—¡Ah!—murmuraba Santa, la del tío Cola, aguardando arrodillada su turno ante el confesonario donde Lola estaba desembuchando sus pecados.—¡Por mi alma que no irá á Roma por la penitencia!

El compadre Alfio volvió con las mulas, cargado de dineros, y trajo de regalo á su mujer unas enaguas nuevas para las fiestas.

—¡Razón tiene de traerle regalos,—le dijo la vecina Santa,—porque mientras usted anda fuera, su mujer le adorna la casa!

El compadre Alfio era de aquellos carreteros que traen la gorra de lado, y al oír hablar de tal suerte de su mujer, cambió de color como si le acuchillaran.—¡Con mil diablos,—exclamó,—si no ha visto usted bien, no les dejaré ojo sano para llorar ni á usted ni á toda su parentela!

—¡Yo no lloro!—repuso Santa.—No lloré siquiera cuando ví con estos ojos á Turiddu el de la "ña" Nunzia, entrar de noche en casa de esa mujer!

—Bueno,—replicó el compadre Alfio,—tantas gracias.

Turiddu, desde que había vuelto el "gato", no frecuentaba la calleja durante el día, y entreteníase matando el tiempo en la hostería, con los amigos. La víspera de Pascua tenían éstos sobre la mesa un plato de salchichas. Y como entrara el compadre Alfio, tan sólo por la manera como le echó los ojos encima comprendió Turiddu que había venido para arreglar el negocio aquel, y puso el tenedor en el plato.

—¿Tiene algo que decirme, compadre Alfio? le dijo.

—Ni tanto así, compadre Turiddu. Hace un cacho de tiempo que no nos veíamos y quería hablarle de aquello que usted sabe.

Turiddu, al principio, habíale ofrecido el vaso rebotante; pero el compadre Alfio lo apartó con la mano. Entonces Turiddu se puso en pie y le dijo:

—A sus órdenes, compadre Alfio.

El carretero le echó los brazos al cuello.

—Si mañana quiere venir á la higuera de la Canziria, podremos tratar este asunto, compadre.

—Espéreme en el camino al despuntar el sol, é iremos juntos.

Con tales palabras cambiáronse el ósculo de desafío. Turiddu mordió la oreja del carretero, haciéndole, de esa suerte, promesa solemne de no faltar.

Los amigos habían dejado la salchicha, y silenciosa, muy silenciosamente, acompañaron á Turiddu hasta su casa. La "ña" Nunzia, la pobrecita, le esperaba hasta muy tarde por las noches.

—Madre,—le dijo Turiddu,—¿se acuerda de cuando me fui de soldado, y que usted creyó que no volvería á verme? Déme un beso como entonces, porque mañana me irá muy lejos.

Al apuntar el alba, cogió su cuchillo de muelles, que escondiera bajo del heno en los días lejanos en que marchó á su destierro, y se puso en camino de la higuera de la Canziria.

—¡Oh! ¡Jesús María! ¿Adónde vas con tal furia!—llo-riqueaba Lola, asustada, cuando su marido estaba para salir.

—Voy aquí cerca,—respondió el compadre Alfio;—más para tí sería mejor que no volviera.

Lola, en camisa, rogaba á los pies del lecho; oprímase contra los labios el rosario que le había traído Fray Bernardino de Tierra Santa, y rezaba todas las avemarias que la venían á las mientes.

—Compadre Alfio,—comenzó Turiddu luego de haber andado un trecho del camino al lado de su compañero, que marchaba silencioso, con la gorra sobre los ojos.—Tan cierto como que creo en Dios es que me considero culpable y que me dejaría matar. Pero antes de venir aquí ví á mi vieja que se levantó para verme partir, con el pretexto de echar un vistazo al gallinero casi como si el corazón se lo dijera; y como creo en Dios le aseguro que lo mataré como á un perro, con tal de no hacer llorar á mi viejecita.

—Bueno,—replicó el compadre Alfio, quitándose el chaleco.—Pegaremos duro los dos.

Ambos eran bravos esgrimidores. A Turiddu tocó el primer golpe, pero á tiempo logró esquivarlo con el brazo; devolviéndolo, y devolviéndolo bien, en dirección del pecho.

—¡Ah, compadre Turiddu! ¡Claros se le ven las intenciones de despacharme!

—Sí, lo he dicho ya; ví á mi viejecita en el gallinero, y me parece tenerla siempre ante los ojos.

—¡Abra los bien, que estoy por tirarle una de las buenas.

Como estuviera en guardia, atento, con la siniestra mano sobre la herida, que le dolía muchísimo; arrastrándose casi con los codos en tierra, rápidamente cogió un puñado de polvo y lo arrojó á los ojos del adversario.

—¡Ah!—gritó Turiddu, ciego.—Soy muerto.

Y procuraba salvarse, saltando desesperadamente hacia atrás; pero el compadre Alfio le alcanzó con una cuchillada en el estómago y una tercera en el cuello.

—¡Y van tres! Esta, por la casa que me adornaste. ¡Y ahora, que tu madre deje en paz á las gallinas!

Turiddu dió algunos pasos vacilantes por entre las higueras, y desplomóse luego, como una masa. La sanera brotaba espumeante de su garganta, y no pudo proferir siquiera:—¡Ah, madre mía!

GIOVANI VERGA.



La Pascua de la Reina

En la noche del 24 de Diciembre de 1738, la hermosísima capilla, con la cual se ha enriquecido el Palacio de Versailles, mediante el talento de Bransard, brillaba con los más deslumbradores reflejos. En aquel año, la misa tradicional del Gallo—de las cuales se decían tres—eran celebradas con particular esplendor.

Toda la corte acudía de gala: las tribunas laterales, pobladas de damas, á lo menos en las primeras filas y esas damas lucían sus trajes de “pannier” ó canasto, con amplias faldas en las cuales formaban un cortinaje las perlas y las blondas de encajes sutiles.

En la tribuna del fondo mostrábase el Rey y la Reina, los príncipes de la sangre, y lo más lucido de la Corte. Luis XV aparecía vestido de terciopelo negro, con bordados de plata y grandes ramajes ostentando en el pecho la cruz de San Luis y la del Espíritu Santo, en diamantes montados en plata que brillaban sobre su pecho. Era joven, magnífico, con esa sencillez en la majestad que encantaba á cuantos á él se aproximaban. El galante y brillantísimo Rey de Francia contaba entonces con veintinueve años.

Junto á él aparecía la Reina María Lescinska dulce y benévola, mayor que él en nueve años; más en ella, por la majestad soberana, que desde el primer día le había parecido como innata y que el ejercicio de las funciones reales había desarrollado todavía, desaparecía la edad con su hermoso traje de brocado blanco, bordado de flores naturales; desaparecían también lo pesado de sus rasgos, no parecía en ella sino una reina,—una reina de bondad encantadora, toda hecha de encanto y de gracia.

Los gentiles hombres y las damas tan adornadas que poblaban la iglesia hasta los últimos rincones, no prestaban atención ni á la ceremonia ni á la belleza de la música, no paraban mientes, sino en la recepción que debía tener lugar en el gran departamento de la Reina después del oficio divino.

El Rey había dicho que asistiría á ella, en prueba del cariño extrañable que á su mujer profesaba, y como testimonio de afecto especial—todos querían llegar de los primeros.

La Reina á vuelta á su departamento. Sus damas del vestuario se acercan á ella. Se pone apresuradamente otro traje, todo de brocato blanco, el corsé y las mangas guarne-

ta no hay que observar con rigidez la etiqueta, hablan todos á un tiempo—todas las conversaciones han tomado vuelo. El Rey se hace esperar; la Reina está sentada. Su fiel amiga la duquesa de Luines está junta á ella. Insensiblemente los grupos pierden su animación; algunos cortesanos se interrogan con aire inquieto; notan que la Reina se ha puesto nerviosa; ha dejado de hablar. Entre los guardias de coros, colocados junto á las puertas, se eclipsan sabiamente algunos cortesanos.

Circula un rumor que todos se murmuran al oído suavemente. En el extremo opuesto del vasto edificio en el cual se encuentra el departamento de la condesa de Mailly se han iluminado las ventanas. ¿Habrá fiesta en casa de la condesa de Mailly? Se asombran y se inquietan; y el Rey que no llega.

La señora de Luines se levanta y se acerca á una ventana, en donde se junta con ella la señora de Brancas.

Le dice en tono quedo, con voz baja pero que tiembla de emoción:

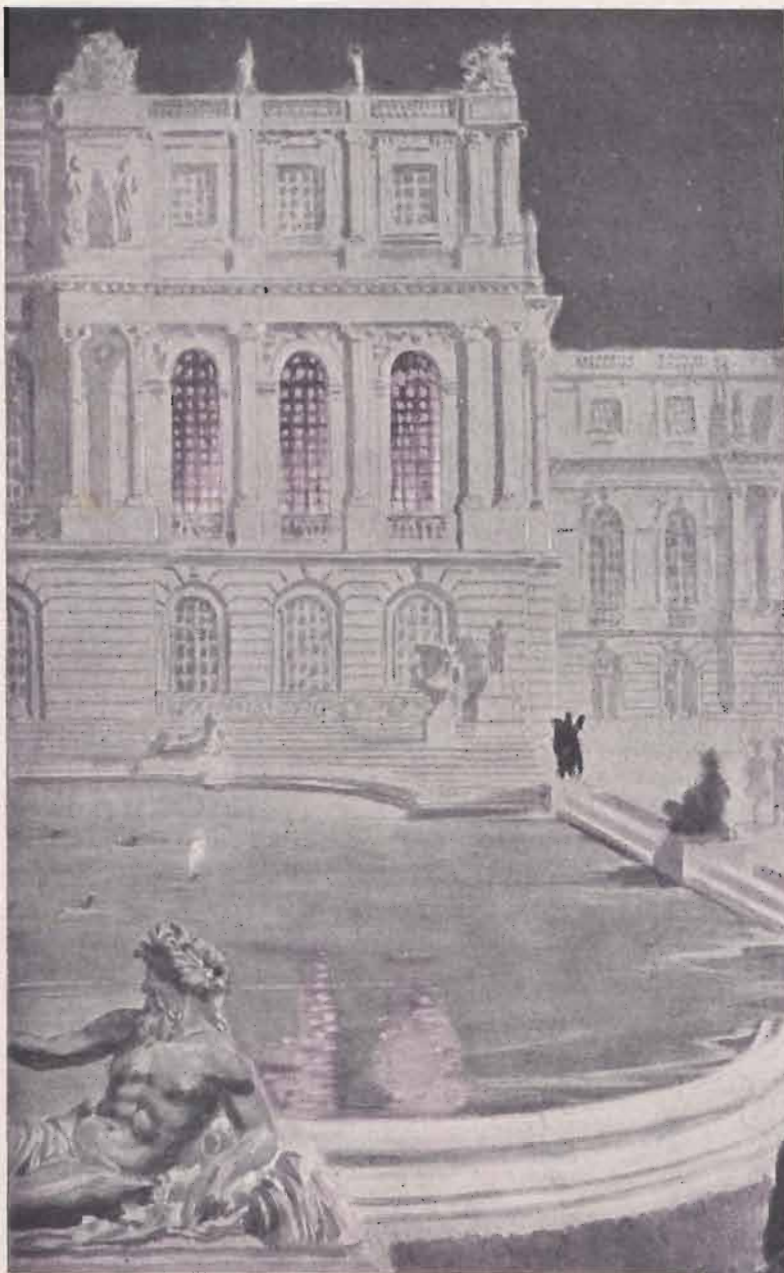
—Todas las ventanas brillan en casa de la condesa de Mailly; el Rey no vendrá esta noche.

—O la Reina...

—Ya los cortesanos comienzan á irse.

—La Reina está más pálida que su vestido.

El señor marqués de Cancel, primer maestresala hace presentar á los convidados en bandejas de cristal bermejo y en canastillos adornados con cintas, una colación de hadas. Se acerca á la Reina que rehusa con un gesto. Y de instante en instante los grupos disminuyen. María per-



cidas de perlas. Hace realzar su peinado y enredar en él la diadema de perlas finas que el Rey le había regalado el año último. ¡Oh cuánto la amaba entonces el príncipe encantador, y ella cómo le ama siempre... Tiembla, ¿tiene miedo? ¿por qué causa? ¿Acaso el Rey no ha hecho anunciar que vendría para la misa de media noche y en seguida para la fiesta de Navidad?

Cuando la Reina penetró al gran salón, donde los lustros de cristal parecían atados á la bóveda por cadenas de flores—iba seguida por la dama de guardia, la señora de Mazarino, que le llevaba la larguísima cola bordada en plata—ya la muchedumbre era entonces numerosa. Todos charlan formando un rumor de colmena. La reina entra y se forma el silencio. Un amplio camino se forma delante de ella, buen número de gentiles hombres se aplastan contra la muralla ó al borde de las ventanas, y al paso de María todos se inclinan profundamente.

La Reina lanza á derecha y á izquierda alguna palabra amable. La alegría ilumina todos los rostros y como la Reina á dicho que en noche como és-



Era una compañía alegre. El Rey venía en primer término

manece tiesa en su sillón de terciopelo carmesí; su fisonomía se contrae en expresión rígida.

—Cuán terrible ira ha de ser el dolor de la Reina, dice muy bajo la duquesa de Luines á la señora de Brissac. En

un momento más nos quedaremos solas... oh! que inspiración... dejemos el árbol de Pascua para los niñitos de los servidores. Pronto, mande á dos personas seguras y abnegadas que despierten á los niñitos, dormidos á esta hora, á toda prisa, y que los traigan inmediatamente.

La señora de Brissac comprende la idea delicada.



¡Cuánta soledad en la espaciosa sala en la cual resplandecen los lustros y las girándolas de cristal, colocadas sobre pedestales!

La Reina se levanta y se dirige á la ventana; la señora de Luines y la señora de Brissac no han podido contenerla. Ahoga un grito, se lleva la mano al pecho y parece próxima á desfallecer.

Es una alegre bandada; cien antorchas desparraman su brillo agitado y móvil. El Rey se presenta en la primera fila, algunas damas jóvenes vienen con él; dá la mano á una de ellas. La Reina acaba de reconocerla, es la condesa de Mailly. Lleva larga capa de seda blanca, guarnecida de colas de zorro. La Reina distingue su alegría, sus animados gestos, así como el aire vivaracho de sus compañeras, bajo los largos pañuelos de colores claros que caen sobre sus espaldas, hasta el talle.

La Reina apoya contra la ventana su frente quemante; las lágrimas obscurecen sus ojos; de súbito se vuelve, es que un ingenuo y dulce cantar á venido á sorprenderla. Es la "Pascua" la antigua "Pascua" rustica, cantada por los niños con sus voces tiernas.

La puerta que comunica la cámara de la Reina con la sala de guardias se ha abierto á dos batientes. Un grande árbol verde, cortado en las colinas de los bosques, un pino robusto, se alza orgulloso hasta el techo con su aguda arista. Las pesadas ramas se doblagan bajo las luces, bajo los mil objetos brillantes, bajo los collares de perlas de oro, los juguetes, los hombrecillos de mazapan, las estrellas de oro



Maria desprendía con mano ágil todos los juguetes brillantes y encantadores que cubrían el árbol

y de plata que le cubren de la cima á la base. Al pie hay un nacimiento.

Los niños, en posturas inmóviles, sorprendidos, entonaban su coro. Tras de ellos estaban los padres, antiguos servidores de la casa de la Reina, inmóviles y reservados, atentos y deferentes.

Las voces claras y frescas del coro infantil, secaron las lágrimas de la Reina. Se adelanta casi alegre. Por primera vez el árbol de Pascua se alza en una de las salas suntuosas de palacio, y lo que todavía es más, para los niños.

María está encantada, deslumbrada, feliz, conmovida... Se asombraba.

—Señora, le explicó la condesa de Luines, habían oído hablar, estaban demasiado impacientes... no dormían, ha sido menester traerles...

—¡Oh! ¿qué es lo que usted dice?

Y súbitamente, cambiando de tono:

—Que me traigan pronto las escaleras...

Unos lacayos corpulentos llevaron las escalas dobles que fueron colocadas al pie del árbol: la Reina en persona subió por la primera. Subió dos, tres, cuatro escalones; la pesada cola de su traje de brocado bordado de plata le cae en oleadas que brillan, y su diadema de perlas centellea á la luz del árbol, entre sus cabellos espolvoreados de blanco.

La señora de Luines está junto á ella, y la Reina sorprendida por el impulso que á ella misma la ha sobrecogido, le dice alegremente:

—¿Qué dirían el Rey y los cortesanos si vieran á la Reina de Francia trepada sobre una escala?

María desprendía con mano rápida todos los juguetes, las cosillas brillantes y encantadoras que cubrían el grande árbol, y las daba una en pos de otra á las manecillas que aguardaban impacientes. Había terminado la distribución.

Los músicos habían vuelto á su marcha triunfal, y los chicuelos, apretando contra su pecho los juguetes recibidos, los tesoros conquistados, continuaban mirando con ojos encantados el árbol luminoso y el hada bienechora.

—Y ahora, dijo María, demos gracias de rodillas al buen Dios que nos ha favorecido.

Arrodillóse delante del Nacimiento; los niños volvían con sus voces argentinas al cantar del antiguo Noel, y la voz de la Reina se había mezclado con las de los niños. María estaba absorta en sus pensamientos, en los cuales la alegría presente se unía extrañamente á la tristeza; se absorbía

de tal manera que no alcanzó á darse cuenta de que había cesado el canto y se había suspendido la música.

El Rey acababa de presentarse en traje de terciopelo azul, forrado de raso blanco, y guarnecido de botones de diamante, con la orden del Espíritu Santo bordada en diamantes; la ola de los cortesanos le sigue. Da varios pasos en dirección á la Reina. María se levanta, en tanto que un esplendor de alegría brilla en sus ojos.

—¿Y no ha traído nada para mí la Pascua? pregunta el Rey.

—Oh, sí, replica la Reina.

Corre á coger una de las escalas colocadas junto á la muralla, el Rey la sigue, ayudándola á colocarla contra el árbol, ella sube, desprende una de las estrellas de oro colocadas en las ramas más altas.

—Aquí está, le dice pasándosela.

—Esta será, señora, mi buena estrella.

Y ofreciéndole la mano para que baje, Luis la acompaña hasta el salón de honor.



Al cerrarse las hojas de la puerta, varios de los niños se encontraron mezclados con los cortesanos. Aturdidos, confundidos, ansiosos, se habían deslizado hasta la primera fila; los padres van á traerles. En ese instante, uno de ellos, señalando á la soberana, exclamó ingenuamente:

—Dime papá, esa señora es la Virgen?

Y como el padre todo confundido arrastrara su tierno niño.

—Sí, le respondió Luis XV, esa es la Virgen, hombrecito.

—Señor, murmuró María en tono muy bajo, jamás olvidaré la bondad con que me honráis.

El Rey saludó á la Reina para retirarse, y la multitud titulada se inclinó ante ella profundamente. Los salones se vaciaron.

La Reina á vuelta á una de las ventanas: la luna rozaba con fulgores temblorosos el agua del estanque de los suizos. María tenía la mirada fija, cuando de súbito, al cerrarse la puerta, cogiendo con mano trémula, el brazo de la duquesa de Luines:

Ud. es muy buena, le dijo, también el Rey es bueno pero me hará morir.

F. BRENTANO.

(Arreglo de F. R.)





Señorita
Raquel Ossa Mc Kellar

Fotografía artística
Del Sr. Juan Magalhães



Las amazonas de la nueva escuela

¿Qué hay de nuevo en París?

PASEOS Y CALLES



¿UE otra cosa nueva encuentro? Hay algo en la calle que no había hace siete años, no me doy desde luego, cuenta cabal de ello, pero tengo la sensación de ver surgir los monumentos inmutables.—El Louvre, La Magdalena, La Trinidad, la Opera, el Arco del Triunfo, el Obelisco de Louqsor,—sobre un

oleaje parisiense que no es el mismo. La circulación es otra, así de vehículos como de gentes: es el desarrollo del automóvil que está llegando á su máximo, y ya reemplaza, casi totalmente, la locomoción de sangre. Hecho de menos,—sólo los veo en muy escaso número,—los antiguos *fiacres*, el *sapin* parisiense que había llegado á ser parte integrante del paisaje de París y de su vida y de su historia; han disminuído los grandes omnibus, con caballos percherones de pelo blanco, que eran los carros por excelencia, la característica misma del bulevar. *Fiacres* y *omnibus* están reemplazados por automóviles, unos inmensos, cuyo aspecto aplasta, como vapores sobre ruedas, (los omnibus), otros pequeños, ligeros como moscas, los taxi-autos, que van por bandadas, por oleajes, con ensordecedor concierto de cornetas, haciendo correr á la gente con aire asustadísimo, sin embargo que es raro que cometan atropellos, pues se les detiene tan á tiempo y se les maneja con tanta seguridad. Es esto lo que ha transformado el aspecto de la circulación parisiense, en medio de la cual permanece, invariable, como la tradición misma de la justicia, la autoridad y el orden, que nadie se atreve á tocar, con su esclavina debajo de la cual esconde el pequeño cerebro,—la varilla mágica que sólo con levantarse paraliza el curso desenfrenado y compacto de los automóviles.—el “paco”, el “agente de policía”, como aquí se le llama respetuosamente (*Monsieur l'agent*), el simpático ser-

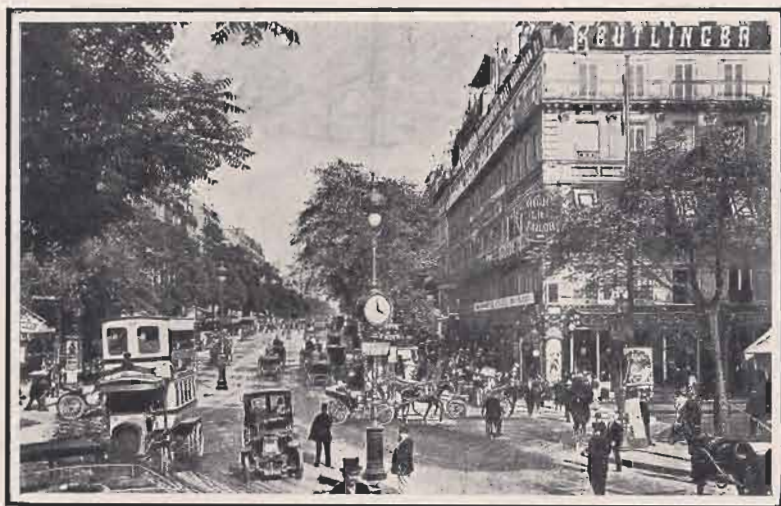
got, protector de los que van á pie, salvación y esperanza de éstos para atravesar los bulevares invadidos.

¿Hay halgo más que no hubiera hace siete años? Sí, hay hoteles para extranjeros, como el *Grand Hotel*, el *Meurice*, el *Carlton*, el *Ritz*, y otros, que se han ensanchado y adquirido mayor opulencia. Hay, sobre todo, en el barrio del Arco del Triunfo (*Quartier de l'Etoile*),—el barrio más rico mayor opulencia. Hay, sobre todo, en el barrio de los nuevos, alojamientos y pensiones de todo orden, que demuestran cómo sigue París afirmándose en el hecho de ser la capital del mundo, la ciudad á la cual acuden los hijos de todos los países como á ciudad propia. Y en qué número acuden!... en número de 60 á 80,000 por día, que entran y salen (hace siete años se calculaba de 40 á 60,000), dejando los millones que se comprenderá... En esto París no ha cambiado, París ha crecido. Bien se vé, este crecimiento de la afluencia de extranjeros,—que aumenta la vida y la riqueza de la ciudad,—en el principal hotel de los nuevos que encuentro. Es el *Hotel Majestic*, digno de su nombre, majestuoso, asiático. Para darle cabida se adquirió, por la sociedad anónima organizada para el caso, en la Avenida Kleber, la residencia que fué de la Reina Isabel de España, el llamado Palacio de Castilla. Ese edificio, uno de los más bellos y costosos de París,—

morada de reyes,—fué aplanado, demolido, como una basura, para darle lugar á un nuevo hotel para extranjeros. Estos,—los extranjeros ricos,—son ahora la verdadera regencia. Así los vemos,—como en el caso de que hablo,—desalojar hasta el recuerdo de los antiguos romanos. El tamaño y la opulencia del *Hotel Majestic* son el símbolo soberbio del triunfo de la riqueza y de la vida cosmopolita, de estas dos famas del mundo moderno que han hecho de París su capital.



El dirigible “La République” después de su vuelo sobre París, regresando á Mudo



El boulevard de Montmatre

su Babilonia creciente y fantástica. En la rotunda del Arco del Triunfo, descendiendo por la boca-mina "art-nouveau" que conduce á una estación del Metropolitano. Me encuentro "sub-sole", como diría Baldomero Lillo,—en el medio de locomoción rápido y barato, creado para facilidad de los pobres y para despejar en lo posible la asfixiante circulación exterior. Con estos tranvías subterráneos las grandes ciudades resuelven un problema vital: se facilita todo, el comercio, el ensanche de la población, la vida, dándole á la gente pobre,—la inmensa mayoría,—que vive á enormes distancias, medio rápido y barato de trasladarse á todas partes. Sin el Metropolitano la existencia popular sería imposible en capitales como Londres y París.

Veo, en la amplia boveda que sirve de estación, letreros de luz roja que dicen: *Correspondence-Nord Sud*. Hace siete años no había tal cosa. Entonces el Metropolitano daba la vuelta por la línea de Vincennes á las puertas del Bosque de Boulogne (Maillot y d'Anphine), y de ahí á la Plaza de la Nación por los bulevares exteriores, en un recorrido circular, bajo el vientre de la ciudad, de cuarenta kilómetros. Ahora todo el subterráneo de París, en todos sentidos, se encuentra perforado por el 'metro', no hay punto de la ciudad al cual no sea dable surgir saliendo de debajo de tierra, habiendo recorrido todas las distancias por sólo 3 centavos, pues el mismo boleto permite saltar de una línea á otra, que es lo que indican esos letreros de luz roja (*Correspondence-Nord-Sud*) en los puntos donde las líneas centrales conexas con las que van de norte á sur. Se ha hecho un tejido subterráneo,—obra admirable, faraónica,—que comunica los puntos cardinales de la inmensa ciudad, esto es de Champerret á la Plaza Gumbetta, de Chignancourt á la Puerta de Orleans, de la Estación del Norte á la Plaza de Italia, pasando repetidas veces por debajo del Sena.

Más de cien kilómetros de doble vía subterránea se han construido en estos pocos años. Es lo que los parisienses han hecho bajo tierra, mientras tanto arriba, al cielo, lanzaban el aeroplano. Y creemos que los parisienses pasan su vida divirtiéndose en el bulevar, enervados ante espectáculos pornográficos! Somos no-

sotros, los extranjeros, quienes llenamos el boulevard y damos vida á la pornografía.

Surjo del Metropolitano en la Puerta Dauphine y entró en el Bosque de Boulogne. Después de incómodas vacilaciones,—nevadas, lluvias, vientos,—la primavera se ha declarado, radiosa, tibia. En las plantaciones simétricas que cubren las lomas en una extensión de 800 hectáreas, formando este parque, único en el mundo, los brotes comienzan á salpicar una tierna verdura que la luz transparente. La Avenida de Bosque, que viene de París, arroja sobre Boulogne, en caballos, carruajes, automóviles y también á pie todo su mundo matinal, compuesto de altas cortesanas, señoras de la alta sociedad, niñas solteras que aman galopar,—infinitas heroínas de Bourget, Prevost y Jean Larraín,—y de hombres vividores de todas las edades y de todos los países. Pero es el caballo, la equitación, lo que París perfiere por la mañana. A lo largo de las avenidas, es una cabalgata interminable, hermosa y divertida, insinuante de vida y movimiento, á la cual dan ganas de ponerle música de Offenbach. Van en corceles finos y bonitos y también en ordinarios y caricaturescos, jóvenes y viejos, (aquí á los sesenta años se hacen cosas que en Chile á los treinta ya no hacemos), muchachas de irreprochable silueta y señoras que ya sofocan á los caballos con el peso de la edad,—no importa! hay

que vivir, hay que sentir á todo galope el aire fresco de la mañana...

Es antigua esta costumbre parisiense de montar á caballo por la mañana; en ella no encuentro novedad. Encuentro sí una: la de algunas mujeres que montan á orcajadas, es decir como los hombres. No todas lo hacen; lo hacen sólo las delanteras de la revolución femenina, las que fuman, aprenden florete, se ponen *robe-culotte* y sueñan el amor libre, las señoritas de la sociedad nueva del tipo de *Los Transatlánticos* de Abel Hermant. Estas, en el mundo

de la riqueza, corresponden á las sufragistas y á las doctoras del mal llamado "feminismo", mal llamado feminismo porque á lo que vá es á lo contrario, á la pérdida del carácter femenino. Es un triste engaño, que hará que la mujer, en busca de una reivindicación quimérica, pierda toda su influencia, la enorme influencia de su debi-



Majestic Hotel, Avenida Kleber



El boulevard de los Italianos



La Iglesia Catedral de Notre-Dame

lidad y de su gracia. Quiere ser igual al hombre, y lo consigue. Esas amazonas de la nueva escuela, que encuentro en el Bois de Boulogne, parecen hombres, parecen seminaristas que montan sin soltura ni comodidad. Ello no es chocante, ni inmoral. Los faldones de la levita cubren la bota hasta el estribo, (véase el grabado), pero es feo, anti-gracioso; en cambio de la elegancia de la amazona que distingue su sexo en la montura y pone sobre el flanco de la bestia la elegante caída de un ropón.

Dejando á estas amazonas equívocas, me dirijo al Pré Catelán, sitio dentro del Bosque, donde tengo noticias de un restaurant nuevo, que no existía en 1904.

Al efecto, veo un lindo y vasto edificio, entre los árboles y los rosales, de una arquitectura feliz en que se mezclan los estilos Imperio y Luis XVI. El Pré Catelán, con Armenonville y el Pabellón de Madrid, comparte la gloria de los almuerzos, comidas y *five-o'clock*, que son las invitaciones más elegantes de la temporada.

El Pré Catelán tiene una especialidad original: una lechería de vacas escogidas,—tipos Yorkshire normandos y holandeses,—que se abrigan, detrás del restaurant, en establos como aquellos que tuvo en Versalles la coquetería del siglo XVIII inclinada á la rusticidad pastoril. Y es esta la más peregrina de las atracciones

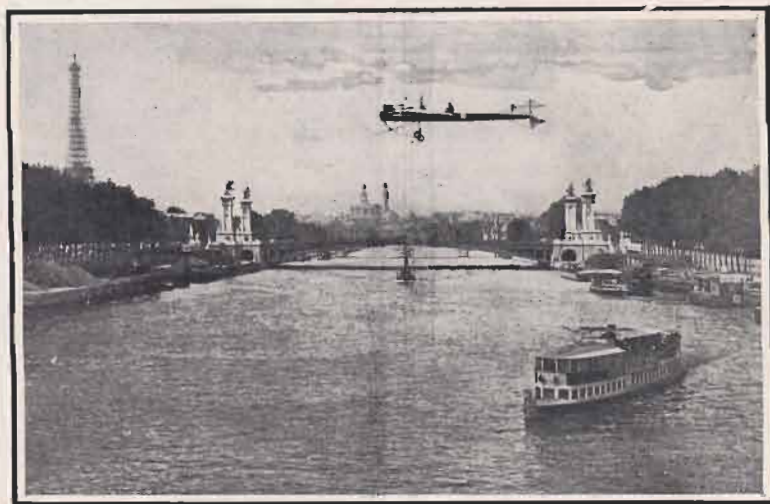
que, por el momento, ofrece la alta moda parisiense: tomar leche al pie de la vaca en el Pré Catelán. Las señoras y niñas de la sociedad distinguida, al venir al Bosque por la mañana, pasan al establo y piden á las ordeñadoras el campestre desayuno. Pero la hora más animada de la "leche al pie de la vaca" es otra, es la hora del amanecer, tan parisiense como pecaminosa. A las 4 ó 5 de la madrugada, las damas alegres bajan de los restaurants de Montmartre con su séquito de tunantes cosmopolitas.

Antes de irse á dormir, con una carrera hasta el Bosque,—que despierta, fresco, delicioso, en un baño de luz rosada,—y un vaso de leche al pie de la vaca, prolonga la diversión.

Un viejo vaquero, con traje normando, estaba afirmado en una vaca gorda de pelo blanco con manchas alazanas en los jarretes y en la testuz. Le pedí un vaso.

Se puso á ordeñar: y me miraba, el viejo, con expresión maliciosa.

"Esta no es hora para venir aquí,—me dijo,—venga á las cinco de la mañana y se divertirá...".



Perspectiva del Sena desde el Puente Alexandre III

El vaquero, encanallado por París, conoció que era extranjero, y, como los extranjeros no vienen á otra cosa que á "divertirse..."

B. VICUÑA SUBERCASEAUX.



MODERNISMO

PERSONAJES: UN AUTOR NNOVVEL. — UN MODERNISTA

Modernista.—Y la comedia que nos había usted prometido, joven, ¿cómo va? Supongo que la veremos muy pronto....

Autor (con timidez).—¿La comedia? No sé... estoy indeciso... no me atrevo.

Modernista.—¿Cómo? ¡Timidez á sus años! ¿Desalientos á los primeros pasos?

Autor.—Verá usted... Yo estaba equivocado. Hace muchos años leía yo en críticos eminentes, que el teatro moderno no era verdadera expresión artística de la vida moderna; que el teatro estaba monopolizado por unos cuantos industriales, más artificiosos que artistas, más habilidosos que hábiles; que era preciso romper moldes, traer algo nuevo, algo....

Modernista.—Y usted cayó en el lazo. ¡Qué inocencia!

Autor.—Sí, señor. Y ahora veo cómo críticos que escriben en periódicos de gran circulación y por lo menos circulan tanto como el periódico, están á matar con eso del modernismo y de los moldes nuevos y no desperdician ocasión para ridiculizarlo.

Modernista.—“E, pur si muove”.

Autor.—El otro día leí que los modernistas habían decidido suprimir los caracteres, la lógica y el sentido común. Otro día, con ocasión del estreno de un juguete cómico, decía otro crítico, poco más ó menos: el autor del juguete ha conseguido entretener media hora al público, cosa que no consiguen muchos escritores de nombradía de esos que se llaman modernistas.

Modernista.—¡Bravo! Sin duda por eso tienen nombradía, porque en su vida consiguieron entretener al público media hora.

Autor.—Y usted ve; yo había escrito una comedia modernista, algo así como lo que usted escribe....

Modernista.—Perdone usted. Si seguimos hablando de modernismo, no nos entenderemos. No sé yo de nadie que en España se haya declarado oficialmente modernista ni cosa que lo valga. Esos motes los inventan los críticos y revisteros, en su afán de encasillar, y después que ellos los han inventado, se los echan á uno en cara como un sambenito. Lo de modernismo, créalo usted, es una palabra más. Una palabra cómoda, como todas las palabras, porque ahora muchas ideas; dice usted modernismo y se quita usted de pensar en muchas cosas; dice usted de un escritor que es modernista; y ya tiene usted hecho medio artículo crítico; la otra mitad la traduce usted de “Lemaitre”.

No es preciso haberlo leído para saber que la cuestión del modernismo es viejísima. En cualquier momento hay modernismo como hay vejez y juventud en el mundo; que la juventud esté en oposición de ideas con la vejez, no quiere decir que las ideas de la juventud sean nuevas; basta con que sean otras. El romanticismo no era nuevo, tampoco lo era el naturalismo, menos aún, el misticismo y el simbolismo. A una generación descreída y volteriana, sucede, por lo natural, una generación piadosa y creyente. Es el eterno espíritu de rebeldía. Pero en Arte, riase usted de nombres y de escuelas; todos los géneros son buenos; los malos son los *genéricos*.

Autor.—Luego usted cree que el modernismo, los nuevos moldes....

Modernista.—¡Conversación! No se trata de romper moldes, ensancharlos en todo caso; ni eso, porque moldes sobrados hay en donde caben sin violencia cuantas obras de arte pueda producir el ingenio humano. Ridículo es ha-

blar de moldes rotos en el teatro español, donde desde la Celestina á los Autos Sacramentales hay moldes para todo lo real y lo ideal. Y esa ha de ser la significación del modernismo si alguna ha de tener en Arte; no limitar los moldes á los moldes de una docena de años y de dos docenas de escritores, considerar que muchas veces lo que parece nuevo no es sino renovación, no hablar de oídas ni por impresión de lo que no se entiende, ni por los desaciertos ó equivocaciones de un escritor, desanimar á los bien intencionados, que exponiéndose á tropezar á cada paso, procuran abrir senderos poco frecuentados, á echar cómodamente por el camino real, de reata con los muchos sabios que en el mundo han sido... reyes del trimestre y del público.

Autor.—¿Y no cree usted que el trimestre y el público tienen razón?

Modernista.—Mucho habría que hablar. Tenga usted en cuenta que el teatro es género literario y espectáculo al mismo tiempo. El autor dramático ha de interesar y conmover ó, por lo menos, entretener al público; de esto no puede prescindir con ningún pretexto; pero usted habrá visto charlatanes de plazuela, que en punto á interesar, conmover, entretener y sacar los cuartos á su auditorio (es decir, conseguir el fin que se proponían), pueden apostárselas con el orador más elocuente; sin embargo, nadie cita su nombre al lado de los de Demóstenes, Cicerón y Bossuet.

Autor.—Y del asunto en las obras teatrales, ¿qué me dice usted?

Hay quien pretende que los modernistas escriben sin asunto.

Modernista.—¿El asunto? El asunto es escribir bien. Si la obra es mala, no será por falta de asunto; será... por mala, sencillamente.

Autor.—Dicen que sin un asunto interesante....

Modernista.—Sí, la mayoría del público prefiere el interés folletinesco, las peripecias, las sacudidas, al interés más artístico y más humano por una acción sencilla, por un estudio de caracteres y de pasiones naturales y lógicas. Los trágicos griegos referían el argumento de sus tragedias antes de la representación. ¡Adiós interés! El ilustre Senado de nuestro siglo de oro, sabía cómo acababan todas las comedias de nuestro teatro; luego no era el interés de la sorpresa lo que le suspendía durante la representación. Sin lo que llaman acción algunos críticos, hay obras maestras de Shakespeare, de Molière, de nuestros autores mismos; digo de nuestros autores, porque á lo de modernistas suelen añadir los críticos como censura, lo de extranjerizado, cuando justamente esos moldes estrechos en que para ellos debe encerrarse el teatro, ese interés melodramático y de sorpresa, es lo más francés y lo más extraño á nuestro teatro y á nuestra literatura. Sobre todo, créame usted, joven, hay más patriotismo en traducir bien una buena comedia, que en enviar cien mil hombres á que se mueran de hambre en las colonias.

Género eminentemente español llaman á la zarzuela, y, con raras excepciones, la mayoría de los libros es francesa, y de la música, italiana. Lope de Vega era tachado de italianísimo en su tiempo, y Moratín de afrancesado. Ya ve usted cómo todo es antiguo. Trabaje usted con fe y deje usted que digan. En moral, como en arte, sólo hay una expresión honrada: la sinceridad. Si somos buenos, la expresión de nuestra vida será de bondad; si somos artistas, la expresión de nuestro arte será de belleza; pero seamos sinceros ante todo.

JACINTO BENAVENTE.

VIDA HOLANDESA

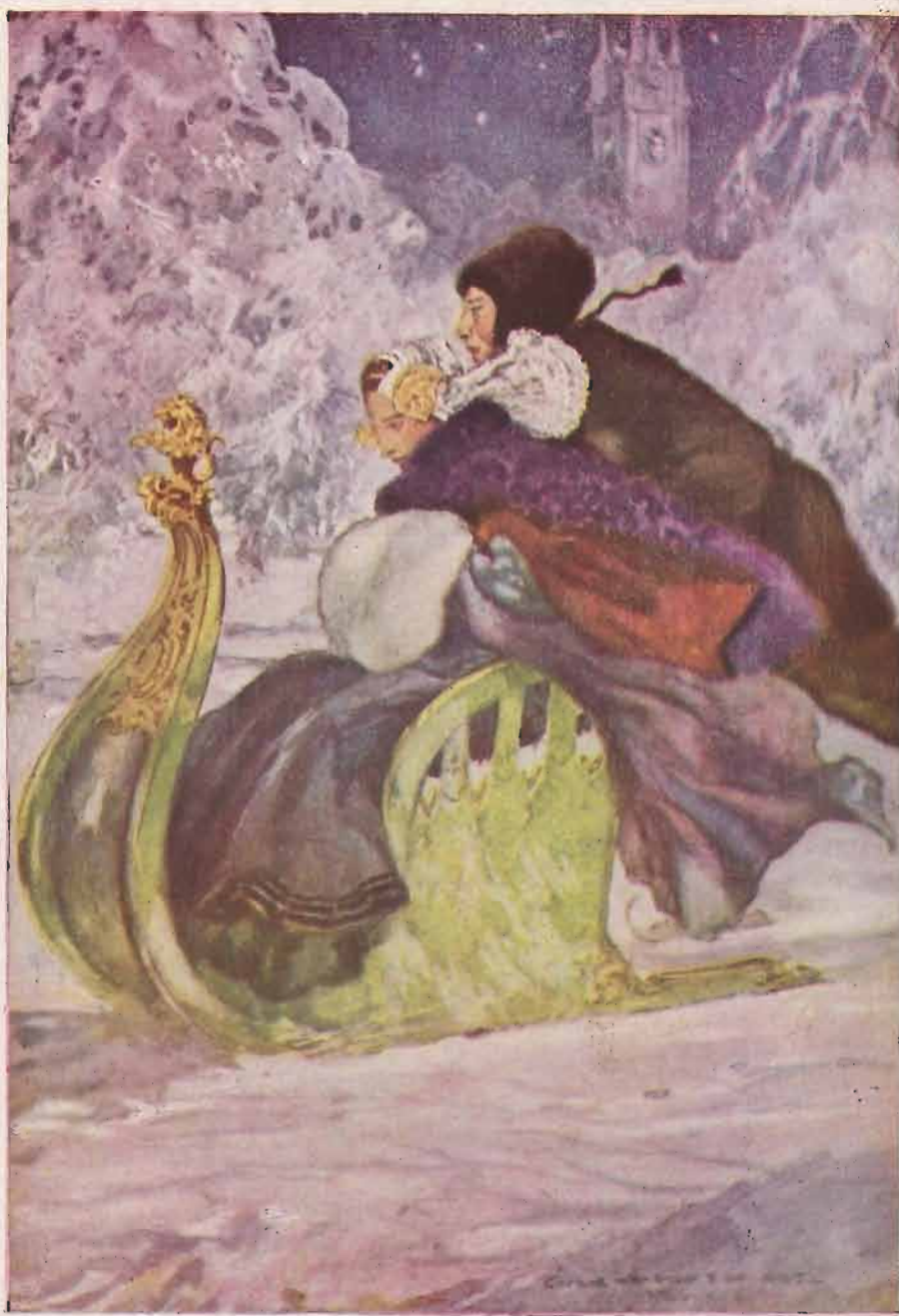
Ahí están esos tipos interesantes de mujeres holandesas que ahora presentamos á la curiosidad de nuestros lectores con toda la interesante y alegre sencillez de su atavío; son mujeres de diversos tipos, que tienen todas un aire marcado de familia, de familia social, de raza, como si hubieran sido fundidas en un mismo molde. El tipo rubio abunda, son altas esforzadas, trabajadoras, buenas dueñas de casa.

Un viajero nos pinta de ellas el más curioso espectáculo. Una mañana, en las calles de Rotterdam se presentaba á sus ojos el más raro espectáculo, el de la limpieza que constituye la característica de Holanda. Todas las criadas de la población, con delantales de color lila, llenos de flores, cofia blanca y suecos blancos, se afanaban en lavar puertas y ventanas, paredes y muebles, dejándolos relucientes como si fueran espejos. Algunas, sentadas valientemente en el alféizar, lavaban los vidrios con esponjas, vueltas de espaldas á la calle, con la mitad del cuerpo fuera; tenían el valor de los acróbatas en los circos, exponían su vida á trueque de limpiar los vidrios de una manera irreprochable. Así como Vatel, célebre cocinero, se suicidó porque le había resultado malo el asado del Rey, estas buenas mujeres serían capaces de caerse á la calle á trueque de que no

hubiera ni una sola mancha en los vidrios de la casa. Otras sirvientas limpiaban las baldosas con estropajos, arrodilladas en la acera. Otras armadas de bombas, lanzaban chorros de agua contra las vidrieras del piso segundo. Otras limpiaban los eslabones y llamadores de las puertas. En algunas partes las aceras estaban atestadas de muebles, de mesas, de sillas, de bancos; goteaba el agua de las paredes y corría por las calles.

Al hacer estas reflexiones nos mueve la esperanza de que las sirvientas santiguinas aprende de las mujeres holandesas la pieza activa y esforzada que llega á constituir una gran virtud, casi un heroísmo en estos tiempos que corren. Bien vale, pues, la pena de que presentemos á los lectores de "Selecta" esos tipos de mujeres holandesas tan hacendosas y hechas para el hogar.

Es que la vida de Holanda es vida de hogar, de interior: el clima y el cielo le obligan á vivir más para adentro que para afuera. La luz, en Holanda, es pálida, ondula con una movilidad maravillosa á través de una atmósfera cargada de vapores, formando como un velo continuo y bruscamente desgarrado, una lucha perpetua entre los rayos de luz y la sombra. De aquí el culto de los holandeses por la realidad, tan fielmente retratada por sus ar-



TRINEO EN FRIESLAND



CAMPO DE TULIPA

artistas y por sus pintores. Los artistas holandeses tienen la pasión de retratar interiores, de pintar los mil detalles de la vida diaria en cuadros pequeños en que aparece la hilandera, la encajera, la cocina, con sus cacerolas todas relucientes, el perro que se calienta á la lumbre del hogar, el gato sobre la mesa donde tranquilamente ronronea. En su historia, fuera de la lucha heroica de Guillermo el Taciturno contra la invasión francesa, señalada por un esfuerzo intenso de patriotismo, y de sus hazañas navales por el predominio de los mares, corre tranquila en los tiempos, como un manso río. Su carácter es flemático, y parece que jamás les tentarán los entusiasmos de otras razas y de otros pueblos. La obra maestra de la pintura holandesa es el famoso toro de Potter. El realismo de los pintores holandeses ha nacido de su común amor á la naturaleza, pero cada uno lo ha hecho traslucirse en el cuadro á su manera, con la diversa impresión que de la naturaleza ha recibido. Moviéndonlos su realismo á retratarlo todo, han dado de su patria una imagen fidelísima, con sus ciudades, sus campos, sus puertos, los mercados, las naves, las tiendas, las ropas, los utensilios, los cacharros, las mercancías, las comidas. A propósito de comidas diremos que esa es una de las características de la existencia holandesa. Allí se come mucho, con inmensa abundancia, pero no se come delicadamente como en Francia. Se da á la mesa un puesto capital en la vida. Refiérese que el Rey Felipe II en una de sus horas de tregua con Guillermo, le pidió su cocinero como un gran regalo, tan grande era su fama.

Un extranjero que come por primera vez en una casa holandesa ó en algún restaurant, lo primero que vé son platos de una magnitud extraordinaria, proporcionados al apetito nacional. Si pide una hoja de roast beaff, le dan media docena de tajadas enormes, algo



UN FRUTERO



LECHERA DE ZELANDIA

capaz de alimentar á toda una familia entera: si pide pescado, le traen uno tan grande que siente verdadero temor de ser devorado por aquella fiera. Y con cada una de estas cosas viene una montaña de papas fritas como las que suelen servir en el Club de la Unión en Santiago. En cambio los panes son tan minúsculos que apenas si

se ven. Como los vinos son extremadamente caros, la mayoría de la gente bebe cerveza que es líquido nacional de igual modo que en Alemania. Holanda es una conquista hecha al mar. Los diques son cuestión de vida ó muerte. Durante la marea alta Holanda entera está como por debajo de las aguas. Cada dique, al romperse, haría desaparecer alguna isla. Lo más grave es que el dique no tiene que resistir solamente al empuje furioso de las olas sino también á la fuerza más peligrosa de los ríos. Los ríos se lanzan contra el mar y el mar contra los ríos; en esta lucha continua se forman corrientes bajas que corroen las bases del dique hasta hacerlo hundirse de repente como por efecto de alguna mina en caso de guerra. Los holandeses están continuamente alerta, y cuando ven que algún dique corre serio peligro, preparan otro más allá para resistir una vez que el primero ceda, y esperan el asalto de las aguas hasta que éstas se desvían.

En Holanda pasa algo semejante á lo que acontece en Egipto, conquistado sobre las aguas como ella, aún cuando en diversa forma. El Meusa y el Escalda llevan legamo que depositan sobre las islas y que va ensanchando lentamente los terrenos que rodean las islas. Axel, Goes, Arnemuiden eran ciudades marítimas y en la actualidad son de tierra firme. La Zelandia es tierra de labradores y pastores.

Para que Holanda fuera famosa en el mundo entero, bastaría con sus quesos que son una especialidad y una delicia. ¿Qué corazón, por empedernido que sea, no se commueve

en presencia de los quesos holandeses, tan sabrosos, de un rojo tierno que provoca el apetito?

Las vacas holandesas son famosas como lecheras; son dignas de ser ordeñadas por mujeres como las que aparecen en nuestros grabados. Los caballos son más grandes todavía que los flamencos.

Holanda es tierra de privilegio que vive todavía en sus tradiciones antiguas y patriarcales.

No podríamos concluir el presente estudio, sin reproducir las páginas de un escritor ilustre, al tratar del arte holandés que acabamos de estudiar someramente. En la pintura holandesa, según se observa, existe un gran vacío que no es suficiente á disculpar la índole tranquila del pueblo. Esta pintura tan genuinamente nacional ha podido pintar, salvo alguna que otra batalla naval, todos los grandes hechos de la guerra de la independencia, entre los cuales los hechos de Leyden y de Harlem serían suficientes para inspirar y resucitar una legión de artistas; una guerra de casi un siglo de vicisitudes y de luchas memorables no ha sido recordada en cuadro alguno de mérito. Esta gran pintura, tan concienzuda para representar el país y su vida, no ha tenido ni una cincelada para aquella gran tragedia, como

la llamó profetizando Guillermo el Taciturno, que produjo en el pueblo holandés, durante tanto tiempo, tan diversas conmociones de terror, de dolor, de ira, de alegría, de orgullo.

El esplendor del arte en Holanda se nubló con el de la grandeza política. Casi todos los grandes pintores nacieron en los primeros treinta años del siglo diecisiete; todos habían muerto pasados los primeros años del dieciocho y en este siglo no brilló ningún otro. Holanda había agotado su fecundidad. Ya al fin del siglo diecisiete, el sentimiento nacional había comenzado á debilitarse, el gusto se corrompía, la inspiración de los pintores declinaba con la energía moral del país. En el siglo dieciocho los artistas, como si estuviesen cansados de la naturaleza, vuelven á la mitología, al clasicismo, á lo convencional; la imaginación se enfría, el estilo se empobrece, toda chispa del antiguo genio se apaga; el

arte holandés muestra todavía al mundo las chispas del genio de Van Huysum, el último de los grandes enamorados de la naturaleza, y luego retira la cansada mano y sus flores caen sobre su tumba.



INTERIOR DOMESTICO



La Serena Antigua



A ciudad de la Serena, capital de la provincia de Coquimbo está situada á los 29°—54' latitud sur y á 0°—40' longitud oeste del meridiano de Santiago (71°—18' de Greenwich). Fué fundada de orden de Pedro de Valdivia por Juan Bohon, en la márgen del río Coquimbo á tres leguas distante de la orilla del mar, el año 1544.

Se le llamó Serena en memoria y recuerdo de la ciudad natal de Valdivia, Villanueva de la Serena, pequeño villorrio de Extremadura.

Los nuevos pobladores no gozaron mucho tiempo de tranquilidad, pues los indios que al parecer se mostraban sumisos y tranquilos, meditaban una cruel venganza: el exterminio de los españoles; rencorosos y desconfiados por carácter, no habían olvidado, sin duda, la severa justicia hecha por Almagro, en el valle del Huasco que, más para poner temor en los ánimos de los indios que para reprimir una conjuración, mandó atar á treinta de los más principales úlmenes, y quemarlos vivos.

Así, pues, una noche, cuando los españoles y su capitán se encontraban desprevenidos, una gran cantidad de indios, saliendo por la quebrada de Santa Gracia, se precipitó como una terrible avalancha, sobre las pocas chozas de paja en las que reposaban de sus fatigas Juan Bohon y los suyos.

Entre las cenizas de los ranchos quedaron sepultados los cadáveres de Bohon, de sus compañeros y de gran número de indios fieles.

Pronto tuvo noticias Valdivia de este desastre y en consecuencia, envió á Francisco de Aguirre, al valle de Coquimbo, no tan solo para castigar á los indios, sino también para reedificar la ciudad.

Teniendo presente el carácter belicoso de los indios determinó fundar la Serena á la márgen izquierda del río por considerarlo una barrera para contener, á poca costa sus avances, y como buen español la puso bajo la protección de San Bartolomé.

El día 26 de Agosto de 1549 fué elegido para su fundación.

Se procedió á desmontar el terreno necesario para la plaza y concluida esta faena, Aguirre, según la ceremonia de aquellos tiempos, colocó por sus propias manos, en medio de la plaza, el signo del poder: un palo que debía servir de picota; en seguida prestó solemne juramento sobre la cruz de su espada de defender la nueva ciudad en nombre de S. M. y del capitán general don Pedro de Valdivia, hasta derramar, si para ello era necesario, la última gota de su sangre.

La cruz y la horca, he aquí los signos que caracterizaron á los españoles en América; y á pesar de ser el uno antitésis del otro, jamás anduvieron desunidos.

En seguida se procedió á la formación de Cabildo, según instrucciones recibidas de Valdivia, y terminada esta ceremonia con toda solemnidad, que había tenido lugar bajo un cobertizo de ramas y paja se procedió al repartimiento de tierras entre los españoles que acompañaban al fundador.

En el año 1557, el Virrey del Perú mandó á Chile á su hijo don García Hurtado de Mendoza, joven de 22 años de edad con el objeto de poner paz y tranquilidad en los disturbios ocasionados, después de la muerte de Valdivia, por Francisco de Villagrán y Francisco de Aguirre, ambos ambicionando al poder; el 5 de Abril llegaron al puerto, tres naves del marqués Hurtado, tripuladas por 300 hombres, con gran artillería, arcabuces y municiones.

Francisco de Aguirre fué á recibir al marqués Hurtado á bordo, y se trasladaron á la Serena, donde fué el marqués recibido con gran entusiasmo.

Don García descubrió en breve el objeto de su viaje, infiriendo una grave ofensa al conquistador. En efecto: debiendo asistir á la iglesia el primer día festivo al de su llegada, hizo colocar en ella un sillón para sí, otro más pequeño para su capitán y un escaño miserable y de tablas para sus oficiales y don Francisco, el viejo soldado, no pudo reprimir su disgusto; salióse de la iglesia seguido de algunos soldados que como su jefe sentían la ofensa; el marqués Hurtado ordenó la prisión de don Francisco y su conducción á bordo de un buque.

Verificada esta prisión sin oposición, mandó un emisario á Santiago con orden de proceder lo mismo con Villagrán.

Desde aquella época hasta la invasión del pirata Bartolomé Scharp que en 1680 incendió á La Serena, quemando el archivo, del que sólo se salvó un libro de actas perteneciente al año 1678 no se tiene dato alguno acerca del progreso y desarrollo de la ciudad, los lavaderos y minas de oro descubiertos en Andacollo obligaron á muchos, seducidos por grandes ganancias á avencindarse en la ciudad, aumentándose de este modo la población.

Los moradores se entregaban al cultivo del olivo, cultivo que les proporcionaba aceite para comer, y sobre todo para quemar en los templos.

Las tierras adyacentes se convirtieron poco á poco en productores campos á medida que se habrían canales para el regadío. Los Jesuitas habían construido un molino de trigo á orilla de la acequia grande, (en terreno que hoy ocupa la llamada calle sola), que abastecía de harina á la población.

En 1755 la ciudad tenía de norte á sur ocho cuadras, y nueve de oriente á poniente, fuera de un arrabal que llaman San Miguel de la Chimba.

La construcción de dicha ciudad lo más era de paja, algunas de tejas y pocas de barro, circulada por la parte del sur de una muralla de adobes, con sus troneras para la fusilería.

La Iglesia matriz acabada con competente decencia, menos la torre de ella, (jamás tuvo dos), su renta alcanzó á 400 y más pesos por novenas de diezmos. La ciudad tenía en 1798 un pobre aspecto; sus calles sin aceras, eran frecuentemente anegadas; sus habitantes no pasaban de tres mil.

Los sitios estaban circuidos con tapias y quinchas. El único edificio público que existía en ese tiempo en regular estado, se encontraba en la Plaza de Armas. En 1770, don Bernardo O'Higgins ordenó que cada vecino empedrara la calle que correspondía á su sitio.

La ciudad, como actualmente se encuentra, está edificada en anfiteatro formado por dos mesetas; en la primera, á la altura de dieciseis metros sobre los terrenos de la vega, se halla la parte principal, estando dividida, casi por mitad, por la quebrada de San Francisco, que corre de oriente á poniente transformada en la actualidad en un bellissimo paseo público.

En la segunda, superior á ésta en 10 metros aproximadamente, se encuentra el extenso barrio denominado Santa Lucía; presenta un golpe de vista encantador, destacándose sus blancos edificios como superpuestos unos sobre otros, divididos caprichosamente por fajas de follajes que ostentan las gradaciones del color verde; se compone de cien manzanas de 109 metros por lado que comprenden una extensión de más de 15,725 áreas y forman muchas calles que llevan el nombre de algún personaje célebre, tiene agua corriente por medio de acequias. En 1852 se aumenta la población con el barrio denominado hoy de la Quinta, ese terreno fué ofrecido á la Municipalidad por don Juan José Rodríguez.

El año 1850, el 12 de Agosto, la Municipalidad aprobó el nombre de las calles y mandó colocar los rótulos.

En 1871 el cuartel de policía ocupaba el Convento de la Merced. Allí mismo se encontraba el juzgado y la banda de músicos municipal.

El 12 de Enero de 1819, la Municipalidad ordenó que cada propietario que tuviera una propiedad de $\frac{1}{2}$ cuadra de frente pagara cuatro reales al mes para establecer y mantener el alumbrado en las calles; igual contribución correspondía á toda puerta habitada, fuera de tienda, taller, etc., y en el año 1864 la Municipalidad hizo alumbrar la ciudad por medio de gas hidrógeno. El número de faroles alcanzaban entonces á 179.

En 1821, el Procurador de la ciudad, don José Antonio Subercaseaux presentó á la Municipalidad el proyecto de formación de un paseo público y se puso pocos años después á la ejecución; se fué terraplenando el lecho de una quebrada y plantando en las orillas: álamos blancos, acasios, plátanos, etc., y entre ellos colocaron numerosos soglas de fierro y de madera; las siete cuadradas, concluidas en 1871, eran alumbradas por 9 faroles de gas.

En 1819, se erigía una pila, en la plaza, para que suministrara agua potable á la población.

El 20 de Diciembre de 1822 se reunió el pueblo con el objeto de nombrar una asamblea provincial.

La imprenta que tuvo La Serena, fué la denominada "Colegio ó Instituto" de propiedad del Gobierno; empezó á funcionar en el claustro de San Agustín.

Los principales periódicos publicados en ella fueron:

"El Minero", en 1828; "La Laucha", en 1829; y "La Bandera Tricolor", en 1831, redactados por don Hipólito Belmont (francés).

"El Imparcial", en 1830, redactado por fray Juan Fariñas.

En el año 1854, el 4 de Marzo, apareció "El Correo de La Serena", dirigido por don Juan Antonio Cordóvez.

En 1853, el clero compró una imprenta que fué bautizada con el nombre de La Serena.

El 5 de Septiembre de 1857 don Manuel Concha, fundó el "Coquimbano".

El 13 de Febrero de 1858, la misma imprenta dió á luz un periódico titulado "La Razón".

El 2 de Mayo de 1857, apareció "El Eco Literario del Norte".

El 5 de Junio de 1858 salió "El Cosmopolita".

En 1860, apareció "El Tiempo"; alcanzó sólo al N.º 870.

El 7 de Septiembre de 1862 apareció "La Serena"; terminó en Octubre del 67.

En 1869 apareció "El Norte".

El 1.º de Junio de 1869, apareció "La Reforma".

En 1870 se publicaban: "La Revista Coquimbana" y "La Reforma".

La Catedral, está situada en la extremidad sur de la plaza; se principió á edificar el 2 de Agosto de 1600; resistió al sitio de La Serena en 1851, recibiendo sin vacilar más de 200 balas del calibre 24, lanzadas á la distancia de tres cuerdas. Mide 66 varas de largo por 20 de ancho; consta de tres naves; su techumbre es de madera, y su embaldosado de mármol plomo y blanco combinándose esos colores en la forma de un tablero de ajedrez.

El templo de San Francisco, el más antiguo, se salvó del incendio que destruyó La Serena en 1680.

La evolución de la ciudad á través de los siglos, nos hace ver la plaza de abastos, construída en 1795; el Liceo dirigido por los Jesuitas y en seguida por los Padres Agustinos, fué el primer establecimiento de educación que tuvo La Serena. En 1882 se fundó el Liceo nacional del departamento.

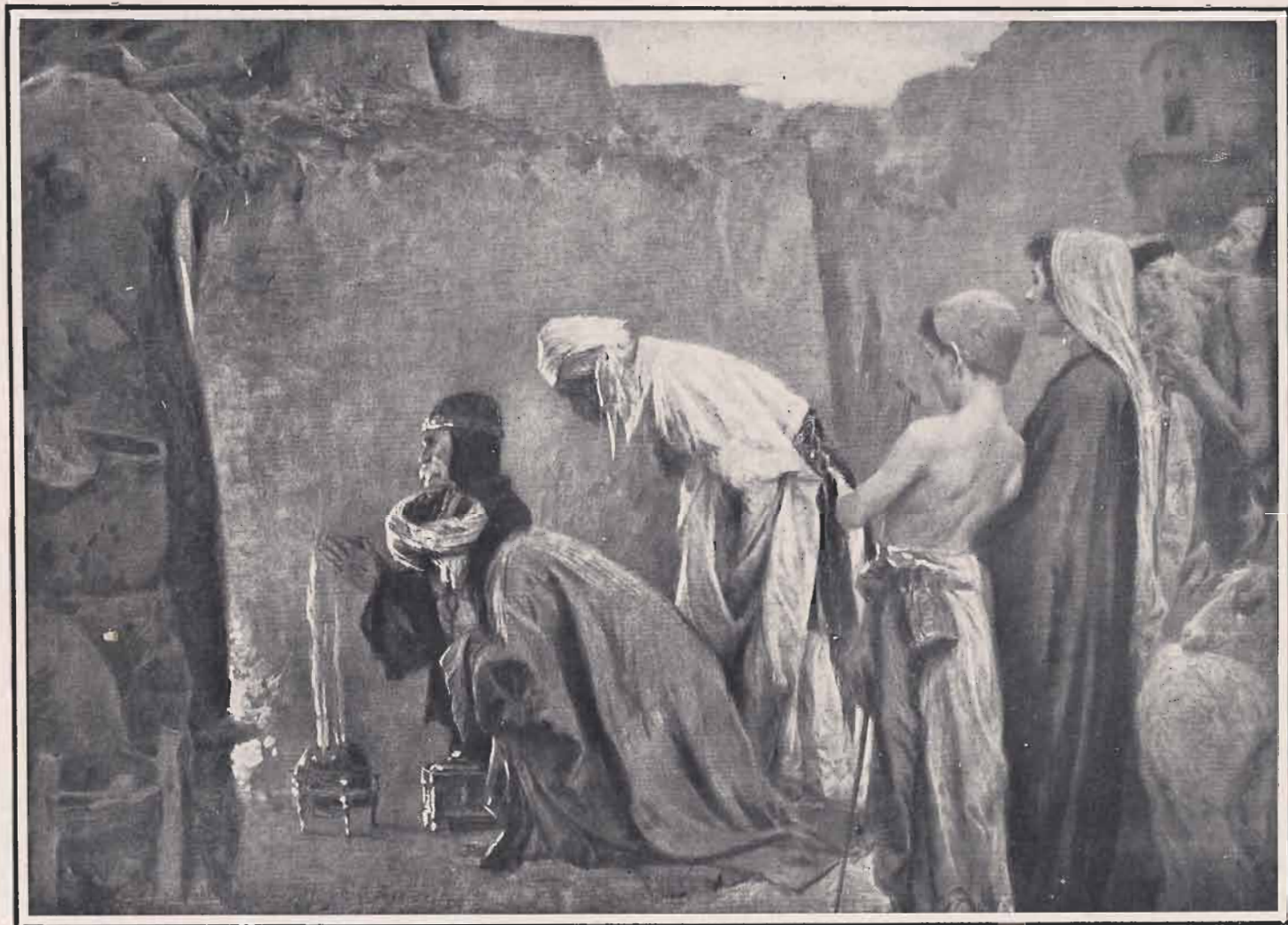
El Hospital de San Juan de Dios fué erigido diez años después de la fundación de la ciudad, el 14 de Agosto de 1559. Ese establecimiento, fundado con bienes de los indios, quedó ciento veinte y un año sin modificaciones ni adelantos pero en 1693 se convocaron los habitantes para acordar la reedificación del Hospital cosa que sólo se pudo poner á ejecución en 1700. Este es el origen del establecimiento que conocemos bajo el nombre de San Juan de Dios.

La peste de viruela habiéndose declarado de manera alarmante hizo construir en 1832 el Lazareto para aislar á los contagiados.

En cuanto al teatro se principió, en 1761, á representarse en la plazuela de San Francisco, sobre un entablado, en un ángulo formado por la iglesia y la portería. Sólo en 1834 se presentó á la Municipalidad un empresario solicitando permiso para dar funciones por el término de cuatro meses en un teatro que deseaba abrir.

En 1851 se construyó entonces un verdadero teatro que costó treinta mil pesos.

El 23 de Septiembre de 1852 se formó una sociedad anónima para construir un ferrocarril entre La Serena y el puerto de Coquimbo, el cual se inauguró el 12 de Abril de 1862. Desde esa fecha la ciudad de La Serena tomó su vuelo con la civilización, pudiéndose contar hoy día como una de las primeras ciudades de la República.



El Sueño de Reyes



A bulliciosa gritería de los niños me hizo levantar la cabeza y salir de la preocupación que tenía invadido mi cerebro. ¿A qué obedece esa bella revolución infantil? me preguntaba, porque, en verdad, bellas son las acciones de los niños cuando la malicia no ha abierto el santuario de la inocencia; cuando las palabras, nacidas del corazón, no van, como dardos emponzoñados, á filtrar su veneno en la lengua que vitupera y escarnece, arrancando, en su vertiginosa carrera por la sociedad, girones de la honra que cubre y guarda el bendito templo de la familia.

Los chiquillos brincaban y corrían y su algarazara era cada vez más grande é ininteligible, que ocurrióseme por un momento ser la viva representación de la confusión de lenguas en la bíblica torre de Babel; pero el día, obedeciendo á sus leyes naturales, iba cediendo poco á poco el terreno que la noche reclamaba; este era nada menos el momento más encarnizado de la lucha; unos querían el derecho absoluto de los balcones de la calle; otros disputaban la primacía; quién pretendía la pequeña ventana que daba á la azotea; quién llevando más allá su pretensión, porfiaba que su camita fuera llevada á la azotea; su grande anhelo, su deseo era en cada uno de ellos ser el primero en recibir

la visita de sus majestades orientales; para ellos la llegada de los Reyes era el *súmmum* de sus más bellas ilusiones, con ellos tendrían que venir, no los camellos que los condujeron á la pobre gruta de Belén, porque serían incapaces de traer sobre sí tanto como debían repartir á los niños, que ya esperaban su llegada, su cortejo real no sería bastante para ser el portador; se necesitaba más, algo más, mucho más... el contingente no ya de los habitantes de los palacios, sino el concurso general de la mayor parte de los habitantes de los reinos, quienes llevando impreso en sus almas el primer cántico del GLORIA IN EXCELSIS que oyeron los pastores en Belén, guardaban también LA BUENA VOLUNTAD, con la que ciegamente servían á sus soberanos; la caravana, pues, completa estaba y sólo las órdenes esperaba para ponerse en marcha; muchas eran las cartas que los Reyes habían recibido, recordándoles su visita anual periódica. ¡Cuántos trabajos y cuántas fatigas debían sufrir! Pero no importaba: se habían impuesto sobre sí la obligación de visitar á los niños y era imperiosa la necesidad de cumplirla; es necesario salvar, en vertiginosa carrera, las distancias; pasar arroyos, ríos, lagunas y mares; traspasar montañas, llanuras y valles; bajar á los pueblos y villas y entrar á las ciudades... en todas partes los esperan; el sueño de los niños les forma en su infantil visión el

más brillante alcázar para recibirlos; tendrán por corte todos los angelitos que su imaginación se ha forjado y que alegres vuelan y aletean por el espacioso olimpo de su cerebro; las relaciones que han oído de tantos cuentos orientales y que ha sido para ellos la cuna que los ha mecido para entregarlos al sueño, les representa como hermosísimos fantasmas llenos de vida todos los episodios del cuento; quien se considera ya rodeado de la fortuna que los Magos le traerá; quién á cada momento, despierta esperando la visita; quién pregunta si no han llamado á la puerta y quién quizá no llora, porque sus padres le han dicho que no se ha hecho digno de los regalos de los Reyes. Pero la noche va extendiendo su manto y la obscuridad empieza á reinar; el silencio se hace más general y la hora de la visita se acerca... ¡Cuántas emociones! Se han acostado la víspera, como el marino en su barco, en el mar de esperanzas y temores, para despertar emocionados al llegar el instante de conocer la voluntad de los reyes; la noche, en su indefectible marcha, camina y camina... hasta que los primeros rayos del crepúsculo anuncian la nueva alborada;... la impresión y el deseo los han despertado; sus primeros pasos después de elevar envueltas en los más puros efluvios de su alma sus pequeñas oraciones al Dios de las Alturas, corren á recoger su botitas, que ya guardan el regalo, el gozo y la alegría les han inundado balbutiendo á cada instante: ¡Qué buenos son los Reyes! Para el año que entra seré más estudioso y obediente y así recibiré regalos mejores.

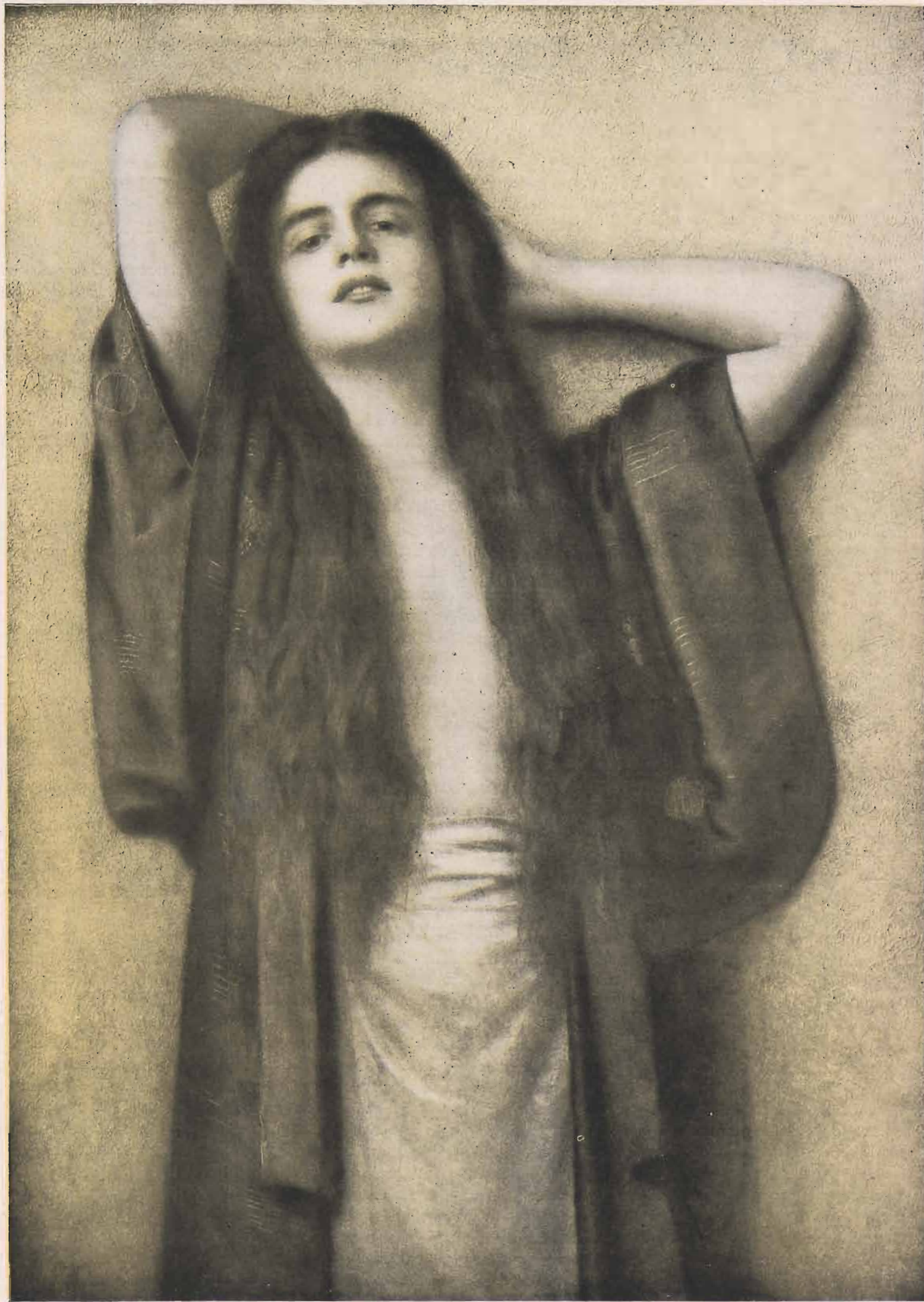
Mientras tanto, Juanito, el porterito, pregunta á su padre: ¿Qué no has escrito á los Reyes papá? Yo también quiero como los niños de los amos, que me traigan mi caballo y mi corneta ó mi pelota y un tambor; yo también quiero jugar, ¡me gustan tanto sus juguetes! ó al menos un ves-

tidito y un sombrero ó unos zapatitos ó un abrigo, pues siento tanto frío que... y su cuerpecito se estremecía; Francisco, el portero antiguo de la casa, pasando el dorso de su mano derecha sobre sus ojos para limpiar dos gruesas lágrimas que la tierna petición de su hijito hicieron brotar, le dice, con la efusión más tierna salida de lo más hondo de su alma: Juanito, desde mi más tierna edad mi escuela fué el trabajo y mi instrucción la honradez; hijo de mi alma, no sé escribir, pero desde el fondo de la mía les gritaré á los reyes, y como si quisiera valerse del aire que respiraba como de ondas hertzianas para transmitir su mensaje á regiones para él desconocidas, abría el sencillo Francisco inmensamente su boca, como si por ella quisiera hacer salir todo el sentimiento de su alma. La fatiga lo cansó y quedóse dormido; entretanto, Juanito se levanta, corre á la puerta del zaguán para esperar la visita; pero la velada era muy fuerte para él y también quedóse dormido; en su imaginación bullían los regalos que esperaba recibir, extendían sus manecitas para coger el abrigo que uno de los Reyes le daba y que no era más que una parte de su manto en que lo envolvía y lo llevaba consigo acompañado de su cortejo, y sentía cómo iba elevándose por la regiones etéreas hasta subir al alcázar donde los reyes moran, al són de la hermosísima música de aquel palacio. Francisco despierta de su sueño, busca á su hijo, no lo encuentra... se levanta... ve la puerta abierta y lo mira dormido en el dintel... le habla, y no le contesta; lo coge entre sus brazos y, al estrecharlo, siente en su cuerpo la frialdad de un cadáver; le grita con toda la efusión de su alma: ¡Juan Juanito!

Pero el niño no le contesta, porque aunque su padre tiene su cuerpo, su alma ha volado con los reyes.

MANUEL RODRIGUEZ.





SATISFACCION

Paz á los hombres de buena voluntad

A mi amigo señor R. S. L.



ASCUA! Símbolo de paz, de dicha y de amor! ¡Fiesta de los corazones que aman, de los que sonríen, de los que esperan! Cual torna el rendido caminante en medio de la sombría noche, sus miradas al lejano hogar, donde arde la lumbre del afecto y del recuerdo,

así mis ojos por quemantes lágrimas velados se vuelven hoy á la seductora visión de las felices Pascuas de mi infancia. Risueños paisajes, radiantes de alegría, surgen y desaparecen, proyectando sus cálidas caricias por la soledad del tiempo: un mundo parece separarme de aquella pura felicidad, felicidad que solo anidarse puede en los corazones vírgenes, al ardiente soplo, del dolor y de la angustia.

¡Pascua! Mágica palabra, evocadora de los transparentes sueños de la alborada de la existencia, de sus únicos goces, sin mezcla de amargor, uno á uno tus aureolados cuadros atraviesan mi memoria, derramando al pasar claridad, perfume, frescura y toda la arrobadora poesía de las canciones primaverales.

Distintamente llega á mis oídos traspasando el espeso muro de los años, el cristalino llamado de aquella campanilla de plata que para nosotros era la voz del hada, que hacía brotar á nuestra vista, tantas maravillas.

Nerviosos, agitados, sin poder contener nuestra ansia infantil, entrábamos en bullicioso tropel á la habitación, centro durante varios días de nuestra curiosidad y en donde nuestra madre ocultamente nos preparaba una sorpresa; allí deslumbrados nos deteníamos; en medio de la vasta sala, se elevaba una gran columna de oro, de fuego, de plata y de nieve, que mudos contemplábamos, desde lejos las tiernas miradas de nuestros padres nos seguían, satisfechos con ver nuestro placer.

Pronto desaparecía el momentáneo recogimiento y resonaban juveniles voces, entre gritos, exclamaciones de júbilo y risas, bailando y saltando, buscábamos los regalos traídos por el "Niño Jesús" alrededor del engalanado pino, cuyas relucientes festones destellaban al temblar de las múltiples lucecillas.

Después, silenciosa, abrazada á mis juguetes, yo miraba absorta las diminutas lenguas de fuego que oscilaban cubrebando entre los brillantes colgajos, formando ante mis inmóviles pupilas raras figuras y dibujos, para los cuales tejía inverosímiles historias. Creía haber sido transportada á las regiones hechizadas por cuyas selvas y palacios mi imaginación deleitaba perderse, recogiendo aquí y allá ardientes haces de locas fantasías, que fueron la primera chispa de aquellas aspiraciones, locas también, de sublimes imposibles, que más tarde atormentaron el alma de mi vida consciente.

Consumíanse lentamente las pequeñas velas, una á una las extinguía mi madre; apenados las mirábamos agonizar y con el chisporroteo de la última bugía que se me antojaba un quejido, se desvanecía el demasiado breve encanto de la Noche-Buena.

Siempre silenciosa me alejaba entre la algazara de los demás niños; sólo después de un rato desaparecía el frío y la soledad que en mi sensible corazón dejaba cada luz que moría, llevándose á donde no podía alcanzarles mis cuentos sin sentido, todos los extraños engendros de mi mente...

Y el árbol, cuya hermosura habíamos admirado, quedaba solo en la penumbra de la gran sala blanco y espectral envuelto en luminosa mortaja...

Han huído los años de mi niñez. De su estado de semi-inconsciencia, mi espíritu poblado de vagos anhelos evolucionó al pleno despertar de su individualidad iluminado por nobles é inmensos ideales y ambiciones.

... Ya he vivido mi vida!...

Ya ha comenzado para mí, el nevado sendero de la existencia de los recuerdos.

Espléndida y soberbia, en su estival ardor, aparece, allá lejos, al empiezo de mi jornada, el verde árbol de mi juventud; sobre los fragantes ramos, flamean mil antorchas de Fe, de Esperanza y de Amor, y en sus flores, delicadas cual suspiros, tiembla el auro reflejo de las llamas y de los sueños...

Una ráfaga de hielo le envuelve; toda la furia de los elementos se desata sobre su pabellón de esmeraldas, hiriéndole sin piedad, las tiernas ramas azotan la tierra; el sagrado fuego con agónico estertor expira; las frágiles flores caen en los surcos de las sendas y vierten gota á gota la blanca sangre, los pétalos heridos...

Desnudo de su regia vestidura en el valle aterido por la invernada, se alza el tétrico esqueleto: sólo uno que otro lloroso cirio queda sobre sus yertos brazos; el huracán sollozante les estremece cruelmente arrancándoles funestos gemidos....

Por la ventana penetra la claridad lunar y frente á mí se alza el gigante rostro, que me contempla con enigmática sonrisa, mezcla de ironía y compasión. Desde su trono de nubes observa la reina de la noche el mundo, los angustiosos afanes de sus moradores, sus incesantes luchas y sus eternas derrotas, con la muerta piedad del alma, que el acero del dolor no ha herido, ni ha vibrado delirante, al llamado de la felicidad!

Sin embargo hoy paréceme de su sonrisa haber huído toda ironía: con maternal solicitud sigue los pasos de los pequeños seres que se agitan sobre nuestro planeta—lágrimas apagan su hermosura—éstas, lenta, lentamente se desprenden, resbalando por la azulada atmósfera, hasta llegar á la tierra donde convertidas en argentado manto, cubren en esta noche de gala, las humanas miserias.

En medio del ruidoso contento que bulle en los centros de vida, ha empezado la luna, una peregrinación por los corazones; sigilosamente ha penetrado hasta los santuarios de las almas: en todas, aún en las más humildes, ha visto alzarse mi altar, donde en muda adoración se venera un ideal, un afecto, un deseo, ó el cadáver de una esperanza.

En algunas oyó el cristalino eco de la risa que brotaba



FOTOGRAFIA ARTISTICA

de rojos labios, la alegría de aspiraciones realizadas, todo allí lo inundaba y suaves melodías de dicha estremecían los más reconditas fibras de esos pechos.

En otros, silenciosas almas esperaban de rodillas, con extáticos ojos clavados en lejana visión, una promesa de ventura... Los más lloraban, con la desesperada angustia que ninguna lágrima refresca, irremediables pesares; mientras muchos, ante los fúnebres despojos de sus más caros ideales, aguardaban con la fría resignación de los que nada piden á la vida, una tregua del dolor.

De todos aléjase la Luna con igual desaliento para ella, eterna viajera de la noche, no hav el consolador misterio

de las sombras, ni hav esperanza en las rosadas irradiaciones del alba.

Ella sabe que la dicha de los que ríen es fugaz cual hábito de amor, que aquellos que con ojos deslumbrados por sus propios ensueños esperan una promesa de ventura, seguirán esperando; élla también sabe que para las almas que lloran irremediables pesares, como para los que aguardan la tregua del dolor, sólo habrá descanso en el eterno silencio.

Reina quietud profunda en el inmenso valle, que envuelto en albo ropaje se prolonga ante mi vista hasta morir al pie de los oscuros montes; la Luna es cuya faz se han

evaporado las lágrimas, unge de plata las altas cimas, y entre el disperso caserío de la aldea, suben cuál virginales oraciones, blancas columnas de humo.

El estridente silbido de un tren que en rauda carrera atraviesa la llanura, turba el silencio; la brisa esparce su cabellera de fuego, que deja sobre los campos sangrienta estela.

Todo vuelve á sumirse en el reposo; sólo se oye el monótono rosario de los sapitos de la vecina acequia, que salpica de cristales las fragantes hierbas de sus márgenes.

Mi imaginación, triste campo-santo de ilusiones, sigue evocando recuerdos del pasado, con el amargo desaliento del ciego, que ha atravesado el mundo, sin vislumbrar el sol de la dicha, sin conocer la belleza y la dulzura de la vida.

La brisa trae hasta mí, ecos del regocijo del pueblo; sones de guitarra, trozos de canciones, carcajadas, gritos y vivas de muchachos, ladridos de los vigilantes perros en las huertas; unos tras otros se persiguen silbando cual saetas que rasgan la celeste bóveda, centenares de "voladores" que derraman desde muy alto, cascadas de estrellas.

Riendo y conversando pasan animados grupos por bajo mi ventana, presurosos se dirigen al pueblo, para asistir á la célebre "Misa del Gallo".

Desde lejos oigo los suaves acordes de una música; me asomo al balcón, y diviso varios hombres que corrían por medio de la ancha carretera; uno mueve acompasadamente los brazos tocando un acordeón, ese instrumento de la noche y de los campos, cuyas notas plañideras resuenan tan dulce entre el susurro de los bosques y las caricias de las aguas.

Al verme apoyada en el balcón, el ambulante músico se detiene, sonríe, y empieza un aire melancólico, lánguido, un doloroso lamento, toca con extraña delicadeza para tan toscos dedos, su rústica alma de campesino, parece inspirada por la ideal belleza de la noche.

Sigue su camino... Yo escucho el gemido de los acordes, suaves como prolongadas quejas de amor, que se pierden en la distancia, apagadas por el bullicio de la aldea.

El esquilón de las vecinas Monjas empieza á voltear, son las 12 de la noche; las campanas de los demás conventos y la severa y grave de la Iglesia Parroquial siguen su llamado y una lluvia de festivos sonidos despierta el dormido valle, la brisa los trae y los lleva repercutiendo entre los bosques, los prados, las quebradas, penetrando en las gargantas de los montes, que los devuelven repetidos mil veces.

El aire se llena de vibraciones melódicas, los pájaros que dormían en sus nidos despiertan con un cántico; las aguas del torrente, del río y de los arroyos, los mil verdes labios de los árboles, prorrumpen en un cantar de júbilo y las

flores exhalan la esencia de sus perfumes cargando el ambiente con la embriaguez de su fragancia.

Por esta inmensa sinfonía, que se aleja y se prolonga hasta lo infinito cual plegaria de los vientos, destácase claro y límpido un coro aéreo de sobre-humana belleza.

Paréceme que las inefables voces brotan allá lejos, entre las pálidas estrellas, una á una caen en gotas de oro sobre mis arrobados oídos, las notas de una música celestial.

Inconscientemente me arrodillo... las campanas enmudecen... los cielos palpitan con un estremecimiento de amor y la tierra sumergida en profundo recogimiento parece orar.

Sobre la obscuridad del mundo, desciende, cortando los espacios, un inmenso relámpago de vida: es el Himno de los Angeles que anuncian el nacimiento del Cristo!

"¡Gloria á Dios en las alturas y en la tierra.

Paz á los hombres de buena voluntad!"

Paréceme por vez primera oír el seráfico mensaje, que ante mi espíritu abre inmensos y desconocidos horizontes.

Allá, en una oculta aldea, en una noche que cual refulgente astro brilla á través de los siglos, estas mismas palabras estremecieron los corazones de los pastores que humildes y resignados velaban sus rebaños.

Así también en esta hora, la celestial bendición no caerá sobre el soberbio genio, ni el guerrero atrevido, ni los conquistadores del mundo, ni de los grandes soñadores, tampoco despertará al poderoso de su lecho de púrpura; la luminosa corona que cargan los divinos enviados, sólo ceñirá la frente de los humildes de "Buena Voluntad": de voluntad para amar, de voluntad para vivir resignados su destino, voluntad para luchar contra las humanas debilidades, voluntad para enjugar lágrimas que escalden las mejillas, voluntad para apoyar al que desfallece y voluntad para aspirar sólo á lo bello y á lo bueno...

¡Paz á todos ellos!

¡Paz! reposo dulcísimo, silencio de toda angustia, ventura infinita, deseo eterno del alma atormentada...

Cual bálsamo de valor y consuelo ha caído la angelical promesa sobre mi herido corazón... Mis pobres ojos han vislumbrado por entre el tenebroso velo que les ciegan, los dorados efluvios de mi esperanza... y en la abandonada capilla de mi vida, sembrada de marchitas flores, renacen lentamente los etéreos jazmines de desconocida y pura dicha que esparcen el blanquísimo incienso de su aroma...

¡Paz, á los hombres de buena voluntad!

SOMBRA.

Pascua, 1911.



José María de Heredia

Heredia, je t'aime parce
que tu portes un nom exotique
el parece que tu fais des vers
qui se recourbent comme des
lambrequins héraldiques.

Teophile Gautier.

A DON ALBERTO MACKENNA S.



RACIAS á la iniciativa entusiasta del señor Eugenio Garzón en París, secundada en Chile por don Alberto Mackenna Subercaseaux, se ha comenzado á coleccionar dinero para elevarle en la capital de Francia un monumento al poeta de "Los Trofeos". La idea no puede ser más acertada y el homenaje acabará por consagrar entre nosotros á Heredia como uno de los más grandes poetas franceses, cantor é hijo de nuestra América.



Lejanas se nos aparecen en el presente las regocijadas horas del Parnaso, cuando Leconte de Lisle pontificaba como un dios de Homero en medio de una docena de jóvenes aedas. Al calor de ese cenáculo nació la revolución parnasiana, de una simple tertulia íntima frecuentada por Gautier, el precursor, Heredia el hijo predilecto del poeta de las "Odas bárbaras", Banville, especie de Narciso envejecido, Baudelaire, desdeñoso; Coppée sencillo y humilde; Sully Prudhomme, el filósofo elegante y tantos otros que como Dierx y Glatigny le dieron lustre á sus nombres en las lides del arte.

Después de la leyenda del romanticismo, que se formó alrededor de Victor Hugo, la historia del Parnaso viene á sustituirla honrosamente; de sus alumbramientos parecía depender entonces el porvenir literario de la Francia. A sus reuniones líricas concurrían los poetas llenos de unción sagrada, á imitación de exóticos catecúmenos, para inclinarse ante los versos magníficos y ante la figura patriarcal del pontífice, que esta vez era Leconte de Lisle.

Más que un simple poeta y modesto burgués, sub-bibliotecario del Senado, Leconte vivía como una esfinge en su retiro del bulevar San Miguel. "El lugar ejercía en nosotros—dice Mauricio Barrés—en sentimiento de la jerarquía. Yo ví á los jóvenes poetas inclinarse ante Heredia, el que se inclinaba ante Leconte de Lisle, quien se inclinaba ante Hugo y éste, á su vez, no rendía homenaje más que á la democracia. Todos estos señores vivían según el principio del siglo XVII: que no le está jamás permitido á un inferior de igualarse en palabras á aquél que debe respetar, aún cuando se le iguale en la acción."

Refiere un cronista poeta que Leconte de Lisle soñaba descender del solio de su grandeza olímpica cuando en las reuniones un joven lírico, de nombre exótico y resonante como un tañido de cuerno, leía, con voz pausada y gesto altivo, un soneto. Entonces el cantor de las "Odas bárbaras" dejaba florecer entre sus labios una sonrisa reflexiva y cariñosa y á través del murmullo de su frente parecía cruzar un pensamiento.

Así, José María de Heredia llevaba al cenáculo parnasiano una nota alegre, exótica é interesante.

I

Nació José María de Heredia en Cuba en 1812. La familia de su padre descendía de la noble prosapia del conquistador Pedro de Heredia, que partió á América en una de las carabelas descubridoras de Colón. De aquel tronco

arranca después una casta luchadora y esforzada, ruda y ambiciosa.

Los Heredia tuvieron vara alta como colonizadores en Santo Domingo, y tan sólo después de una de las sublevaciones de indígenas y habiendo perdido sus grandes feudos, hubieron de trasladarse á Cuba á promedios del siglo XVIII.

El padre de José María, como muchos de los hacendados americanos de aquel tiempo, casó con una hermosa mujer bretona, culta y espiritual. "Sabía latín y leía los poetas", dijo de ella Barrés en su discurso de ingreso á la Academia Francesa. Así, pues, mediante el influjo de esta mujer superior, el espíritu del poeta comenzó á cultivarse en el arte, desenvolviéndose dentro de la perspectiva de un pasado, mitad leyenda, mitad realidad.

En 1851 su madre le envió á Francia, al pequeño colegio de San Vicente, en Seuilis, donde, por contacto de la apacible quietud provinciana y de la melancólica educación religiosa, el poeta vivió en pleno ensueño de colegial. Sus estudios fueron los de un perfecto humanista: doctos en lenguas clásicas y bañados en el ambiente del más puro tradicionalismo.

Cuando Heredia hubo terminado estos primeros cursos volvió á Cuba para regresar poco después á París en compañía de su madre. En la isla de sus antepasados tuvo ocasión de vivir tan sólo poco tiempo, recordando la gloriosa historia de su familia que más tarde había de evocar en los blasones miríficos de sus sonetos. Por ese entonces no quedaban ya en Cuba más que vestigios de la posesión de La Fortuna, que otrora encantara sus ocios de niñez. ¿Acaso aquellas ruinas simbolizaban la muerte de su pasado que había de comenzar á revivir en su alma con el regreso á Francia? Esta vez Heredia había experimentado un engaño en América: la tierra de sus ancestros había muerto en él y con ella los entusiasmos de una adolescencia demasiado curiosa y soñadora.

Ya en París el poeta frecuentó las tertulias literarias de Leconte de Lisle y comenzó á escribir desde 1863 los sonetos que en menos de diez años le hicieron célebre aún cuando se habían publicado solamente dispersos en las antologías del Parnaso y en algunas revistas.

Los parnasianos sintieron bien pronto por Heredia una cariñosa admiración. A pesar del gesto desdeñoso de Baudelaire y del olímpico orgullo de Leconte de Lisle, aquél recién llegado franco-cubano, aportaba á las reuniones el exotismo de un nombre extrañamente sonoro y el prestigio de una gravedad prematura. "Heredia, je t'aime—escribía Gautier—parece que tu portes un nom exotique el parece que tu fais des vers qui se recourbent comme des lambrequins héraldiques".

Durante los sesenta y tres años de su vida Heredia conservó su serenidad reflexiva. Cuando niño no conoció los entusiasmos de una juventud loca, sino que, por el contrario, fué hombre antes de tiempo. Solamente así se comprende también su actitud impasible en el Parnaso y la austeridad puritana de su reducida obra poética.

En 1893 reunió en un volumen los ciento ocho sonetos de "Los Trofeos", el "Romancero" y el poema "Los conquistadores del oro". Además, Heredia publicó, traducida al francés, la magnífica "Verídica historia de la conquista de la Nueva España", del capitán Bernal Díaz del Castillo y

la novela de aventuras "La monja alférez". Al siguiente año de la publicación de "Los Trofeos" fué elegido miembro de la Academia Francesa. En 1905, poco después de haber publicado una edición nueva de las "Bucólicas" de Andrés Chenier, precedida de un estudio, profundo y com-

Huyen ebrios de sangre, crimen y rebelión,
hacia el profundo valle que esconde la floresta:
aguijales el miedo, la muerte sienten presta
y á la noche olfatean un olor de león.

Afrodita, floreciendo, por gracia de un divino encanto,
de entre las espumas del Océano tranquilo; ó ya es Jasón
y Medea, perdidos en el misterio del bosque primitivo
en el Termodonte corriendo entre sus márgenes sobre los
despojos que le arrojó la muerte.

Grecia, con sus fábricas y sus epigramas, revive en los
sonetos con la vida de un friso esculpido por hábil mano
de artífice. Así, pasan Artemisa, como la Victoria de La-
matracia, sueltos hacia atrás los cabellos; las ninfas, que
mientras se bañan presienten la sombra del sátiro; Ariad-
na sonriendo á las caricias de Teseo; Perseo y Andróme-
da, y pastores y atletas, hasta llegar á la Roma bárbara
de los emperadores guerreros ó á la Roma magnífica de
Antonio, amante de Cleopatra, la reina de las reinas, que
en el soneto herediano parece destacarse con el relieve de
una metopa griega:

Bajo la alta terraza donde estaban, dormía
el Egipto abrumado por cielo sofocante
y, atravesando el negro Delta, del río gigante
hasta Bubaste ó Saïs la onda densa corría.
El Romano en su peto escamado sentía,
—soldado á quien arrulla el sueño de un infante
arrellanarse sobre su corazón triunfante
el cuerpo voluptuoso que su brazo ceñía.
La pálida cabeza de lóbregos cabellos,
volviendo al que embriagaba de aromas y destellos,
tendíote ella las claras pupilas hechiceras;
Y el caudillo, los bríos ante sus plés postrados,
vió en sus ojos, de puntas de oro constelados,
todo una mar por donde huyendo iban galeras.

El Renacimiento y la Edad Media son para el poeta
de "Los Trofeos" lo que fueron para Verlaine, "enorme
y delicada"; épica en su rudeza batalladora y pura en su
arte angélico y primitivo. Así la evoca Heredia: tiempo
de artífices y monjes soldados; días de Benvenuto Cellini,
horas del arte paciente que incubó la renovación, cuando
en el fondo de una celda, el divino Fra Angélico aureaba
las coronas de sus santos beatíficos y Pisanello se reclinaba
en su taller á burilar los frisos de una capa, el asa de una
ánfora ó el cesáreo busto de una medalla.

De Rimini señor, Vicario y Podestá,
de Jerifalte hunde ó destaca el perfil
á la luz crepuscúlea del bronce do el búríl
de Mateo de Pastis le incrustó siglos ha.
No hubo en Florencia príncipe ni en Damasco bajá,
ni en Mantua ó Milán duque ni marqués tan gentil
y temido y odiado por la plebe servil,
como este Malatesta que en pos de goces va.
Este, el mejor, aqueste Segismundo Pandolfo
ensangrienta la Marca, la Romaña y el Golfo,
alza un templo y cantando sus amores se engríe;
y también sus mujeres son rudas y severas,
pues sobre el bronce mismo donde Isota sonríe,
el Triunfal Elefante desvasia primaveras.

La parte más hermosa de "Los Trofeos" es aquella en
que Heredia, remontándose á los orígenes de su pasado
legendario, recuerda los gestos del pueblo español en la
conquista de América. Y cómo es entonces, á los hombres
de su raza á los que van dedicadas las estrofas, su sangre
de cubano exalta el heroísmo ancestral evocando, acaso to-
da su juventud pasada, en la memoria de los conquistado-
res, rudos, ambiciosos, poseídos por la sed loca del oro que
se les aparecía en sueños, oculto en las entrañas de las Nue-
vas Indias fabulosas:

Cual bandada de halcones la alcándara feudal,
á Palos de Moguer, hartos de altivas penas,
dejaban capitanes y labradores, llenas
las almas de un ensueño hazañoso y brutal.
A conquistar salían el místico metal
que corre de Cipango por las fecundas venas
y los vientos alisios llevaban sus antenas
al borde misterioso del mundo occidental.
Cada noche, esperando crepúsculos utópicos,
el azul chispeante de la mar de los trópicos,
encantaba su sueño con un matiz dorado:
ó, á proa, de sus naves viendo las blancas ruellas,
atónitos miraban por un cielo ignorado
del fondo del océano subir nuevas estrellas



José María de Heredia

prensivo, digno de un San Beure parnasiano, murió en el
castillo Bourdonné, cerca de Houdan "El hijo de los con-
quistadores"—recordaba el poeta del "Jardín de Bérénice"
—reposa bajo el cielo donde el viento dispersó las ce-
nizas de Juana de Arco. Su tumba acrece aún la espiritua-
lidad de ese Rouen en que el autor del "Cid" enseñó el ar-
te de los versos á Jacqueline Pascal".

II

Heredia, como Gautier y Leconte de Lisle, llevó al Par-
naso la nota del más acalorado exotismo. A imitación del
Victor Hugo de la "Leyenda de los Siglos", el poeta cu-
bano recorrió en "Los Trofeos" la historia de la humani-
dad, á partir con ese soneto "El Olvido" que le sirve de
pórtico al volumen de sus poemas, (evocación esquiliana
de las ruinas antiguas) y á través de cuyos catorce versos
cruza el gigantesco aliento del espíritu griego:

Corona el templo en ruinas gigante promontorio.
Y la muerte ha mezclado sobre buriel terreno,
Diosas marmóreas y Héroes bronceos, de que el heno
agreste sepultara el auge transitorio.

Sólo un pastor, guiando por el caduco emporio
sus bueyes, con su albugue, donde un refrán heleno
suspira, el mar atruena; y en el azul sereno
destaca el torso fuerte cual de un atleta dorio.

La Tierra, madre amante de los Dioses que han sido,
en Abril, vanamente elocuente, alza un canto
y al capitel vetusto ciñe otro verde acanto;

Pero el Hombre, insensible á cuanto ve caído,
sin conmoverse escucha en las noches serenas
la voz del Mar, que evoca llorando á las Sirenas.

Y vienen luego todas las visiones del pasado heroico y
legendario; desfile de hércules y centauros, Nemea, brutal
y primitivo, Estinfalo, el arquero de los verdes ojos; y, lue-
go los crimados curadrupeos que:

A pesar del alma francesa que el poeta se formó en las aulas de Seulis, su vieja sangre americana rebulle en las venas despertando las energías dormidas de un pasado que se alza como una sombra quimérica. Así, cuando después tradujo Heredia la "Verídica historia de la conquista de la Nueva España", lo hizo obedeciendo al deseo de dar á conocer en su lengua de advenedizo, como la justificación del alma suya, que se transparentaba en las páginas de aquellas crónicas escritas con pluma de hierro y aliento épico.

La América era para el poeta de "Los Trofeos" la voz de la sangre perdida con su niñez prematura entre los árboles y las salas destartalladas del colegio de San Vicente de Seulis. A ella había de dedicarle, pues, sus mejores poemas. El, descendiente del conquistador Pedro de Heredia, venía á renovar el milagro de la conquista de la India, pero no ya por medio de la espada y la lanza, sino que como poeta, hermano de aquella admirable Sor Inés de la Cruz y precursor de aquel otro arcabucero lírico, José Santos Chocano.

Heredia amaba nuestra América primitiva, salvaje y heroica; la tierra de las selvas impenetrables donde el misterio de los trópicos guarda sensaciones indígenas, dignas del pincel de un Delacroix ó de los versos de Victor Hugo. Recordemos aquel cuadro maravilloso de "Los conquistadores del oro":

Sobre marga arenosa los caimanes gigantes
al tapir acechaban ó á las rosas fragantes.
Los majas plateados y las boas protervas
con sus anillos múltiples maceraban las hiervas
ó esperaban, trepando por árboles enfermos,
la hora en que abrevarse iban los paquidermos.
Y á los bordes del lago, rico en tósigos miles,
do sin cesar vagaban batracios y reptiles,
podíase á la puesta purpúrea del sol ver
las fieras que en manadas bajaban á beber:
el puma, el gato, el tigre de rayadas gueudejas
y el hermoso carnívoro que siempre va en parejas,
más que todos los otros felinos celebrado
por su terrible gracia y empuje no domado:
el jaguar. Y doquiera, en aire que colora
vívida luz, flotaba una viviente flora;
junto á los cactus áloes nacían; y en sonoros
rumores prorrumpían cacatúes y loros,
que bajo pabellones de crujientes follajes,
al sol abrillantaban sus pintados plumajes,
en tanto que, batiendo las alas fulgorosas,
con los pájaros moscas las grandes mariposas
lanzaban surtidores varios de pedrerías
en torno á los bejucos en flor de las umbrías.

Así evoca el poeta la civilización primitiva de indios y españoles, fundaciones de ciudades, empresas dignas de nuevos Jasones como la de aquel viejo glorioso Juan Ponce de León, que se embarcó á traviesa mares en busca de la fuente de Juvencio clavada allá en lo más árido de los yerros de Florida.

Después de la América, Heredia sigue en su excursión hacia el Oriente, y es entonces el Nilo que refleja en su linfa las necrópolis de los reyes, las esfinges de piedra, las procesiones rituales de Hor, Khnoum, Ptah, Neith y Hathor; y en seguida la imaginación vuela hacia la patria de los cerezos florecidos donde los camurayes y los daimios esperan las horas de las luchas templando sus aceros; y, por fin, como digno coronamiento de este cielo heroico de bravura y gentileza, el poeta vuelve hacia el presente y se de-

tiene en las frescas tierras de su madre, en la Bretaña de sus abuelos, donde, para decirle la última oración lírica, se descubre como los viejos pescadores á la orilla del mar y reza:

Háse vuelto mi alma una cárcel sonora,
y como en tus repliegues suspira aún y llora
el tético estribillo del antiguo clamor.
Así de aqueste pecho apasionado y tierno,
sordo, lento, insens... y sin embargo eterno,
ruje en mí el t... lejano rumor.

III

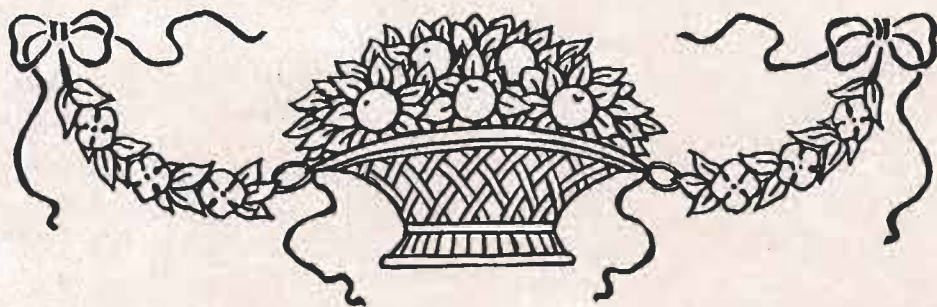
No fué Heredia poeta emotivo, filosófico ó impresionable; nada de esto: sus versos son fríos, marmóreos, esculturales. Jamás un soplo de ternura cruza á través de sus palabras; nunca un arranque sentimental desflora la armonía de su arquitectura: calzan en ellos los vocablos y las rimas como las perlas de un collar.

En "Los Trofeos" alcanzó el Parnaso la suprema florescencia, ya que la perfección á que aspiraron Leconte de Lisle, Gauthier, Bauville y Diérx, logró tan sólo aprisionarla en sus versos este poeta con la paciencia y el alto sentido crítico de un esteta primoroso. Tan solo la maestría de su técnica retórica podría compararse al meticuloso artificio del Fray Juan el Legoviano de su propio soneto:

Mejor que otros artifices que el Libro Gremial visa
y llámese Ruiz, Arfe, Jiménez, Becerril...
topacios, perlas, ágatas riélé con mi buril
de más de un áureo vaso en la asa ó la cornisa.
He en plata sobre esmalta que vívido se lisa,
pintado y esculpido, apóstata y gentil,
en vez de un Cristo ó Mártir con hábito monjil,
¡oh infamia! Baco ebrio, Medusa, Neso ó Crisa.
Adamasqué cien pomos de estoques y puñales
poniendo un vano orgullo en obras infernales
que mi ánima agobiaron con culpas que ya odia.
Mas hoy tan sólo ansío, al ver mi pelo cano,
á ejemplo del famoso Fray Juan el Segoviano,
morirme cincelando en oro una Custodia.

El soneto es de una habilidad irreprochable: obra de un retórico meticuloso y de un artista comprensivo. Además, como lo hace notar muy bien Lemaitre, cada palabra es esencial en el vocabulario del armero. He aquí pues uno de los grandes méritos de Heredia: el lenguaje llega hasta tal grado de perfección que en sus estrofas las palabras, además de representar el signo de la articulación armónica en la música del verso, traducen el casi sentido eufónico correspondiente al objeto expresado por el poeta; es decir, objeto, por cuanto en la poesía herediana jamás se trata de un estado emotivo ó de una sensación sentimental: los suyos son versos esencialmente objetivos, pictóricos é impasibles; en cada uno de sus sonetos se adivina la conciencia de un paisaje, como en la Victoria de Lamotracia ó en el Discobolo, el alma perfecta del movimiento. Un simbolista ó un romántico hubiera dicho de Heredia que no vibraba ante un paisaje ó ante una pasión. La forma rígida, geométrica, puede más en su retina que el alma del microcosmos; jamás adivina, prefiere buscar; es, ante todo un visual y un auditivo. Su pupila estuvo siempre preñada de luz y colores cambiantes como un kaleidoscopio maravilloso.

A. DONOSO.



UN SER NO COMPRENDIDO

(Continuación)

—Ya no tendrás nuevo traje, valeroso amigo, consolaos con vuestro patrón, que tampoco lo tendrá!

Se aproximó á la percha, tomó su sobretodo, lo escobilló suavemente, lo volvió á colgar, murmurando:

—Vaya! no estaba tan viejo como yo creía.

V

En el momento de salir, Andrés oyó pasos y voces.

—¿Cuarto número 19?—preguntaba una voz y la otra contestaba:

—Sí, sí, allí es.

Golpearon y la puerta se abrió para dar paso á Mauricio Salmeyer, de sombrero puesto y el bastón en la mano.

—Os causo sorpresa, dijo él, fijándose en la cara asombrada del poeta, ¡ah! estáis admirablemente bien alojado aquí, tenéis vista sobre los techos, las chimeneas y aún sobre un pedazo de cielo.

Se quitó el sombrero y se sentó en el sofá, que Andrés le ofrecía diciéndole:

—No sé á qué debo este honor...

—Ah! deseo de haceros un servicio—decid más bien, al pesar,—continuó él cruzando las piernas y apoyando el codo en el brazo derecho del sofá; en seguida con la cabeza apoyada en la mano, fijó en Andrés su viva mirada donde brillaba un fulgor de real benevolencia y continuó:

—He venido á daros un consejo y á haceros una propuesta. Tengo interés por vos, y estoy pronto á ayudaros en vuestros esfuerzos.

—¿Vos, señor?

—Ciertamente. ¿Habéis leído todas las críticas dedicadas á vuestro drama?

—Nó, pero me han dicho que casi todas eran muy duras.

—Y bien. Esto os vencerá que en nuestros días no se puede hacer ningún trabajo literario, sin echarse encima muchas críticas. Publicar un libro, una pieza sin decirles á aquellos que deben facilitaros la senda, consolidar vuestra reputación. “Haced valer mi trabajo”, es tan temerario, que no puede calificarse esta manera de proceder sino de... torpeza, por no decir de estupidez.

—Pero...

—Permitidme, interrumpió Salmeyer, todo hombre que produce algo, tiene necesidad de una crítica. Bien inconsecuente sería aquel que la rehusara, cuando ella viene á ofrecerse.

El periodista se calló un momento para dejar al poeta el tiempo de comprender sus palabras; en seguida inclinándose con dignidad, añadió:

—La crítica viene á ofrecerse á vos. Hace más, os propone una asociación... Permitidme—continuó, comprendiendo que Andrés deseaba hablar—soy redactor del periódico “Monitor del Estado”, os ofrezco las columnas de nuestro diario.

—¿A mí?

—¿Por qué nó?

—Soy un poeta solitario, no sé manejar la crítica.

—Nadie la sabe al principio, eso se aprende. Notad que no os apremio en nada, llevadme solamente todos los meses un artículo, un resumen estético, un ensayo histórico, lo que vos queráis; podéis escribir también vuestras opiniones, vuestra crítica sobre los últimos romances recién publicados. Ensayad vuestra pluma en la sátira; puede ser que poseáis, sin saber, la fibra humorística: ella se encuentra con frecuencia en las naturalezas melancólicas y concentradas como la vuestra.

—¿Os burláis...!

—Absolutamente. Ya os he dicho que deseo haceros un servicio. Mi deber es entretener al público, ó bien aburrirlo; para vos tengo buenos deseos! Aprovechad esta oportunidad, vaya, ¿aceptáis? Si entráis por el camino de la crítica vuestra fortuna está hecha. Vuestro drama será juzgado favorablemente por todos los diarios con los cuales estamos en relación; será puesto muchas veces en la escena y quién sabe si llegará á obtener suceso...

—¡Ay! respondió Andrés con humildad, no es la manera mortificante con que han recibido mi drama lo que me aflige; el suceso depende del público, lo sé y no quiero saber su juicio, pues yo mismo me condeno; no tengo talento.

—Tenéis, y aún más que muchos otros, repuso Salmeyer con autoridad, más que muchos otros que hacen fortuna con sus piezas; no tenéis sino un defecto—se calló perplejo pestañando,—sabéis, que habéis nacido muy atrasado para vuestra época. Treinta ó cuarenta años atrás, vuestro drama habría hecho eco, entre vuestros contemporáneos, les hubiera gustado y comprendido, pero hoy día...! Los hombres para los cuales habéis escrito vuestro drama reposan bajo tierra!

—Es mucho decir, respondió Andrés dolorosamente. El verdadero poeta escribe tanto para los que aún no han nacido, como para sus contemporáneos; yo no soy sino un borroneador de papel!

—¿Qué tontería! ¿Con qué medida queréis pues mediros?

—Con la más grande, articuló Andrés con la mirada llena de éxtasis, con la sola medida que conviene al arte, á la revelación de lo que es eternamente grande y bello!

El periodista se puso á reír y dijo:

—Entonces vos también adoráis este ídolo! ¡Cuando reconoceréis vosotros, poetas soñadores, que no hay eterno, sino la variación, nada bello, sino lo que proclama la moda, nada útil, sino lo que reporta provecho!

Andrés se levantó. Tenía vértigo! ¿Todo lo que le había inspirado y sostenido su fe, podía ser pues, discutido y negado? Y si esto era posible, ¿por qué no lo había reconocido él mismo de antemano?

“Os ruego, continuó Salmeyer, dejéis esos sueños idealistas! Descended de vuestro inútil pedestal y acercáos al gusto del día. Mientras más os entreguéis á un ideal, seréis menos comprendido, y comprenderéis menos á los otros. Una aspiración elevada, que jamás encuentra su recompensa, agría el carácter y lo hace desgraciado en su aislamiento. Creedme, colocáos al nivel del gusto del día. El público actual no pide cosas elevadas, quiere que lo entretengan, y aquél que lo consigue es recompensado con largueza; frecuentemente más de lo que lo merece. Así creéis que yo me hago una ilusión sobre el mérito de mis obras á las cuales debo mi popularidad?... Pero, concluyamos, vos tenéis talento, aprovechadlo mejor”.

Mientras hablaba había tomado entre sus manos los billetes de Banco, dejados sobre la mesa: “Vuestros derechos de autor, no es cierto?”

Andrés hizo señal de que sí.

“El Monitor” me paga otros tantos, por tres artículos del periódico. Los escribo generalmente en el café, entre dos partidas de billar. Y bien, ¿qué decís?

—Quedar fiel á mí mismo, á los principios de los cuales no puedo defenderme, respondió Andrés estirando los billetes arrugados bajo la mano de Salmeyer.

—Como os guste, sois de aquellas personas á quienes no se puede ayudar!

Se levantó contrariado; al volverse descubrió el retrato colocado sobre la billetera. “Ah! La bella condesa de Au-

wald, exclamó vivamente, ¿de dónde habéis sacado ese retrato?

—Lo compré, contestó Andrés palideciendo, pues tuvo el presentimiento de una desgracia. Salmeyer, lo amenazó con el dedo: ¿Comprado? ¿De veras? ¡Qué hipócrita! Ahora, ¿por qué habéis tomado con tanto calor la defensa del conde?

—¿Qué queréis decir?

—Oh! el gran mundo! las nobles damas!—insinuó Salmeyer, sonriendo con malicia!

Tomó uno de los manuscritos, lo abrió y lo hojeó:

“Oh, qué bonita escritura! ¿Todas estas son vuestras obras? Cinco, diez, quince, por Dios, quince piezas de teatro caligráficas con cuidado y en cada una, me imagino, tantas buenas cosas que fácilmente podían trenzar una corona de laurel para el autor, si fuera nuestro amigo! Pero vos no lo queréis y todas estas letras quedarán mudas”.

Andrés lo miraba, con una sonrisa burlasca que plegaba sus labios:

“¿Vos llamáis mudas estas letras que he trazado con tanto cuidado? Pero no, cada una, es una partícula de mis pensamientos; las letras se juntan para constituir las palabras y las palabras forman el cuerpo de un pensamiento!”

Salmeyer lo dejó acabar y en seguida exclamó:

“Vaya que he estado ciego! Ciertamente vos no tenéis talla para trabajar en nuestro taller, en nuestra poderosa máquina! No seréis jamás ni un resorte, ni una rueda, ni aún una partícula de la más pequeña ruedecita!”

Le golpeó familiarmente la espalda y se puso su sombrero, diciéndole:

“No sois sino materia y os amasarán!”

Diciendo esto, echó una última mirada sobre el retrato y en toda la pieza y salió. Andrés esperó á que hubiera bajado, á fin de no encontrarlo y en seguida descendió á su vez y se dirigió con paso rápido á la morada de su amigo Ziegler.

Ya era de noche cuando llegó á la casa.

Vaciló al entrar, temiendo turbar tal vez el sueño de sus amigos. La luz de un reverbero alumbraba la ventana del piso bajo, pero las cortinas estaban caídas y no pudo ver si sus amigos velaban todavía.

Se acercó á la puerta de entrada y puso la mano en el picanorte; se habían olvidado de cerrarla y se abrió. Una pálida luz pasaba por la abertura de la puerta que daba al cuarto de su amigo, en donde reinaba un profundo silencio. Tocó suavemente.

“Entrad”, respondió una voz de mujer, después de un momento.

Penetró en el cuarto y vió á sus amigos sentados, uno al frente del otro, al lado de la mesa alumbrada por una lámpara cubierta con una pantalla.

La señora Ziegler estaba ocupada en coser, y su marido tenía las manos cruzadas sobre las rodillas y los ojos fijos al frente de él, vagos, huraños. No lo vió entrar ni que le tendía la mano á la señora Ziegler y no lo sintió hasta que le expresó su sentimiento con tanta emoción, que indicaba hasta qué punto estaba afectado.

Al fin Ziegler, reconociendo la voz de su amigo, hizo un esfuerzo para reaccionar y murmuró:

“Ah! héos aquí... Tenéis seguramente algún nuevo drama que leerme; lo deseo.

—No, no, respondió el poeta, dirigiendo la mirada hacia la alcoba del cuarto, donde reposaba el cuerpo del niño, cubierto con un sudario. Un cirio alumbraba la cabecera de la cama, al lado de un Crucifijo en madera negra; una corona de flores estaba puesta á los pies del niño.

Cuando la señora Ziegler vió la dirección de la mirada de Andrés, le dijo dulcemente:

“No lo miréis todavía, no le he podido concluir su camisita, por eso trabajo como véis. Vamos á vestirlo ma-

ñana por la mañana, hemos tenido tanto que hacer, tanto que gastar en su enfermedad!”

—La miseria ha entrado á la casa, articuló el marido, mi reputación de hombre honrado está perdida; había dado mi palabra y no la he podido cumplir!

—Podréis cumplir vuestra palabra, exclamó Andrés, sacando del bolsillo los billetes y poniéndolos en la mano de su amigo. Todo esto es vuestro; recobrad vuestro valor!”

Ziegler lo miró asombrado. Desdobló los billetes, los contó, se los entregó á su mujer, que á la vista de este tesoro inesperado, dió un grito de alegría que terminó en un sollozo doloroso. Afirmó la cabeza sobre la mesa y dejó correr sus lágrimas.

“¿De dónde has sacado este dinero?” preguntó Ziegler.

Andrés puso afectuosamente la mano sobre la espalda de su amigo y respondió:

“Es *Marco Aurelio*, que os lo envía, puesto que vos le habéis ayudado á ver la luz del día”. En seguida, hablando á su viejo amigo como á un niño mimado continuó:

“Vos sólo me habéis aconsejado y animado! ¿Os acordáis? Es necesario presentar la pieza, me decíais; sin vos, ~~no~~ habría tenido valor!”

Ziegler tendió la mano á su amigo, y después lo miró ~~luminosamente~~ con expresión de intensa gratitud.

Andrés se sintió crecer bajo esta mirada, donde leía la felicidad que experimentaba Ziegler de poder salir sin humillación de esta dolorosa prueba. Y esta mirada lo alivió á él mismo, de todas las angustias y de todas las penas sufridas en esos últimos días.

No era Ziegler quien quedaba obligado para con él, sino él, el que quedaba obligado para con Ziegler, que le dejaba conocer la alegría de poder ayudar á su mejor amigo.

Ziegler se levantó y se acercó á la ventana, como otras veces después de la lectura de un drama. Permaneció inmóvil, su mujer y Andrés lo miraban inquietos, sujetando la respiración.

Al cabo de un momento, volvió donde ellos; su fisonomía había tomado su expresión acostumbrada; su mujer se echó en sus brazos sollozando.

Andrés aprovechó de este momento para retirarse, á fin de no dejar ver la profunda emoción que lo embargaba.

VI

Al día siguiente, domingo, enterraron al pequeño Ziegler. Andrés acompañó á los padres hasta la puerta de la casa, en seguida se dirigió tristemente hasta su solitaria habitación.

En la puerta cochera encontró á la dueña de la casa, una robusta viuda, de unos cincuenta años, que le hacía también el arreglo de su pieza. Más de una vez le había hecho comprender que estaría dispuesta á volver á aceptar el yugo matrimonial, en el caso que encontrara un hombre honrado, que tuviera una buena posición—un empleado por ejemplo—que supiera apreciar el valor de este rasgo de abnegación.

El rostro de la señora, que de costumbre se iluminaba á la vista de Andrés, parecía cargado de amenazantes nubes.

Le tendió á Andrés un número del “Monitor del Estado” y le dijo:

—Leed pues, esta algarabía! ¡Gran Dios! no seré yo quien lo pueda creer; conozco vuestro modo de vivir y sé quienes visitan á mis pensionistas! ¡Qué de mentiras! Oh! estos periodistas, estos judíos! añadió ella con toda la indignación de su conciencia de buena cristiana.

El artículo que tanto había indignado á la propietaria, tenía por título:

“Nuestros últimos originales”. Estaba firmado por M. S. y era en su género una obra maestra en la sátira. Recorrién-

dolo con terror, Andrés no pudo menos de admirar la habilidad del que lo había escrito. El periodista no dedicaba más que veinte ó treinta líneas á cada una de las personalidades que describía con un talento incontestable, sazonado con un punto de melancolía, lo que hacía que su crítica fuese todavía más mordaz. No se podía poner en duda que esas siluetas eran tomadas del natural, sin embargo, el autor lo había hecho con tanta delicadeza, que por dolorosa que fuera la ofensa trazada en sus rasgos, ninguno de los *originales* hubiera podido apropiárselo y decirle.

—Es á mí á quien describes así!

El juez más hábil no habría podido condenar al autor de estas líneas maliciosas; los capítulos de acusaciones se les escaparían de las manos, en el momento mismo en que creerían poder formularlos.

Una de las siluetas que traía el artículo, era el retrato de Andrés, descrito como un pobre poeta, trabajando sin descanso, pero sin encontrar jamás compensación. ¡Con qué diabólica malicia estaba bosquejado este retrato! ¡Con qué seguridad de observación, el autor había puesto en relieve el origen mismo de sus penas!

En efecto, Salmeyer, había tomado del natural la falta de preparación que existía en él, entre la facultad de sentir y aquella de revestir las cosas sentidas, de forma artística; entre la necesidad de crear y la aptitud de ejecutar; entre la inteligencia artística y el sentido práctico, para sacar partido de esta inteligencia; entre su conocimiento del pasado que era real y su experiencia del presente, que era nula.

El escalpelo que disecaba el pecho del pobre poeta estaba manejado con cruel habilidad y ponía en descubierto el fondo íntimo de su corazón, que hasta aquí había celosamente escondido á los ojos de los hombres.

Después de una descripción sumaria de la habitación del desgraciado poeta, el artículo concluía con estas frases:

“Y todas las tardes la puerta de este santuario escondido, se abre para dar paso á una de las mujeres más justamente renombradas por su belleza. Antes de dejarse ver en los salones elegantes de la aristocracia, viene á saludar al solitario pensador; su rostro se inclina sobre la pálida frente que sus labios rozan suavemente, sus labios frescos y perfumados, cuyas caricias valdrían un tesoro á los ojos de los poderosos de la tierra!

¡Vanos deseos! No es para ellos que la Diosa se convierte en mujer, no es á ellos á quienes prodiga sus tesoros. Para ellos es inaccesible como los Campos (1) Elíseos para el culpable; como el miraje de la selva (2) para el pobre peregrino errante al través de la arena del desierto!”

A fin de darle todo el sabor á esta alusión indiscreta las dos sílabas del nombre de Auwald *Au* que significa campo y *wald* (selva) estaban escritas con letra bastardilla.

Andrés había leído el artículo palabra por palabra, dudando de lo que veía y no pudiendo sin embargo, desconocer el sentido; creía soñar, tenía fiebre, seguramente era víctima de una alucinación que le torturaba el corazón, viendo el nombre de la mujer que él veneraba, vejado, deshonrado y perversamente entregado á la publicidad de un periódico! ¡Qué atroz pesadilla! Era necesario desecharla.

Pero nó, no se trataba de una alucinación. El nombre de la persona que le era querida, figuraba en el diario y era imposible no comprender las péfidas alusiones del autor del artículo.

Andrés se puso á recorrer su pieza como un loco; le parecía que rojos resplandores bailaban ante él. Instintivamente buscó una arma para ir á castigar al culpable. No encontró más que un bastón, herencia de su padre tan amado. Se apoderó de él y se lanzó hacia la puerta.

En el mismo instante se abrió, por fuera, dando paso al consejero de finanzas cuya actitud indicaba que tenía plena conciencia de su rango y autoridad.

—¿Dónde quereis ir? exclamó, viendo que Andrés se preparaba á salir sin tomar en cuenta el inesperado honor que le hacía su jefe, viniendo á visitarlo. Quedaos aquí, repuso el señor Seydelmann con tono severo, empujando con fuerza á Andrés hacia la pieza. ¿Cuál es vuestro proyecto?

Y acercándose en seguida á la mesa, designó con un gesto el diario que allí estaba, mientras que con la otra mano, sujetaba á Andrés del brazo.

—¿Tenéis la intención de ir á pegar con vuestro bastón al autor de este artículo? Provocaréis con esto un escándalo, un proceso criminal; proporcionaréis á algunos salones y cafés tema de conversación; ¡esto por un artículo que será olvidado mañana...! No habéis reflexionado en las consecuencias de lo que queréis hacer, vos un empleado del Estado. ¡Por mi honor, que os creo loco!

—Lo obligaré á retractarse, vociferó Andrés; y será necesario que se retracte públicamente, que reconozca que todo es una invención y que es un vil embustero!

—¿De qué se vá á retractar? preguntó el consejero, puesto que no designa á persona alguna. ¿No habéis leído acaso el final de su artículo? Expresamente dice, que sus siluetas no son tomadas del natural, que son sencillamente los personajes de una novela que está escribiendo, y que es desde el principio hasta el fin, obra de imaginación.

—El público sabe, lo que debe creer de semejante declaración.

—¡Ay! es cierto, tenéis razón; no sé de donde os viene esta repentina inteligencia, cuando habéis manifestado tan poca, haciéndole confidencias á un hombre, que no vive sino de indiscreciones!

—¿Mis confidencias? interrogó Andrés.

El consejero fijó una penetrante mirada en su subordinado.

—Seguramente que el señor Salmeyer, no puede haber adivinado...

Titubeando, continuó con voz menos segura.

Vuestra inquietud y turbación tan marcadas cada vez que se pronunciaba delante de vos el nombre del conde de Auwald, han sido los mejores indicios para poner sobre la pista á muchos otros más, que á este periodista.

Andrés tenía erizados sus cabellos; se creía lo que él mismo no se atrevía á imaginarse; se creía posible la cosa más increíble! Un error al cual faltaba toda base de seriedad, tomaba forma, crecía y admiraría una fuerza que sería imposible aniquilar! ¿Y que había en el fondo de todo esto? Algo de insensato, de extravagante, una broma grotesca, que unía en el mismo pensamiento al pobre escribiente, que era él mismo y la célebre beldad, colmada de los dones de fortuna, gozando de su felicidad en una esfera tan distante de la suya propia, como las estrellas lo están de la tierra.

El vivo sentimiento de temor que se pintaba en la fisonomía del consejero, provocó repentinamente en Andrés, una carcajada estridente, exclamando:

—Juro que no me he robado el sol, y que no lo tengo escondido en mi bolsillo! Está siempre en el cielo; tened paciencia no más y veréis que mañana aparecerá como todos los días!

Se rió de nuevo, con risa nerviosa, provocada por el más acerbo sufrimiento; con una risa más afligida que el llanto que os arranca el más cruel dolor!

El señor Seydelmann tuvo miedo y le dijo:

Tranquilizaos, señor Muth! Yo os ruego, os suplico, sed razonable; refrenad esa risa enfermiza; alguna vez en la vida sed un hombre.

—Alguna vez en la vida, repitió Andrés, á pesar de él. ¡Gran Dios! Todo su pasado se presentaba repentinamente ante él; una sola mirada le bastó para medir en un instante, lo que había sido, su miserable vida!

No había sido sino una larga cadena de sentimientos no comprendidos; una continuidad de sufrimientos disimula-

(1) En alemán, *Au*.

(2) *Föret* en alemán, *wald*.

dos. Había consistido en una resignación silenciosa que había concluido por agotar en él, hasta la fuerza de formular un deseo; una serie de esperanzas desvanecidas que no había tenido ni aún la energía de sentir! A su alrededor había triunfado la mediocrecidad, la injusticia, contra la cual su pobre corazón, no había tenido el menor arranque de sublevación! Habría ahogado en él, hasta el germen de los defectos más naturales en el hombre; los celos, la envidia, la ambición! Nada vivía en él sino la conciencia de su humildad y resignación; sino la voluntad para resignarse todavía y

siempre, humildemente y sin rencor, ni celos! Y sin embargo M. de Seydelmann le había dicho: "Tranquilizaos, sed hombre alguna vez en la vida!"

Ante esta idea, no pudo impedirse de reír nuevamente.

Entonces el consejero se sintió molesto, y por primera vez hizo lo que nunca había hecho, olvidó su superioridad y habló á su subalterno con la sencillez que se usa con sus iguales. Sin embargo cada una de esas palabras hundía más el puñal en el corazón de Andrés.

(Continuará).

SELECTA

REVISTA MENSUAL
ARTÍSTICA

EDITADA POR LA
EMPRESA ZIG-ZAG

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

Un año	\$ 10.00
Seis meses . . .	5.50
Número suelto.	1.00

CRÈME SIMON

La Gran Marca de las Cremas de Belleza

Inventada en 1860, es la más antigua y queda superior á todas las imitaciones que su éxito ha hecho aparecer.

POLVO DE ARROZ SIMON

SIN BISMUTO

JABÓN Á LA CRÈME SIMON

Enviase la Marca de Fábrica: J. SIMON - PARIS.

Pida Ud. sus

Artículos Fotográficos

á Hans Frey

Pidase catálogos

VALPARAISO

Como se obtiene un hermoso Pecho



¿Quiere Ud poseer un busto de formas opulentas y ufanas, un seno firme y lleno sin exceso, y una graciosa lozanía? Tome Ud las PILULES ORIENTALES. En algunas semanas su busto se desarrollará y se pondrá firme desaparecerán las sobresalidas osudas, los huecos se colmarán, y su busto no tendrá ya nada que envidiar al de sus amigas más favorecidas por la Naturaleza.

He aquí lo que escribe la señora Emilia R. de Ronbaix: "Muy señor mío: Acabo de hacer uso de las PILULES ORIENTALES para la reconstitución del busto y debo expresarle mi gozo tan grande, pues que ya tengo el busto perfecto que yo deseaba. Está sorprendente y sin embargo está exacto."

Y la señorita María F. Plaza del Archevêché á Tours: "Hasta hoy tengo razón para declararme muy satisfecha por el excelente resultado producido por las PILULES ORIENTALES y tengo gusto en darle mis gracias y atestiguarle mi admiración profunda por un producto tan maravilloso."

Las PILULES ORIENTALES son siempre bienhechoras para la salud y son eficaces para las muchachas cuyo desarrollo está retrasado como para la mujer cuyo busto carece de volumen ó de firmeza. La cura es fácil al ser seguida, en secreto produce un resultado durable en cerca de dos meses solamente.

Un frasco con instrucciones á Paris 6 fr. 35.—De venta: J. Raté, Pharmacien 5 Passage Verdeau, París.—En Santiago: Max Mengin y Cía. En Valparaíso: Daube y Cía. y en todas las buenas Farmacias y Droguerías. Exigir sobre las cajitas el sello francés de la "Union des Fabricants".

OBSEQUIOS A NUESTROS SUSCRIPTORES

Toda persona que figure como suscriptor de SELECTA por el año 1912 recibirá una artística tarjeta en colores sobre papel secante con el calendario de cada mes.

Siendo suscriptor de ZIG-ZAG solamente ó de esta revista en combinación con cualquiera de las otras que edita la misma Empresa, se le remitirá libre de porte un ejemplar empastado en cartón de la interesantísima novela inglesa LA FORTALEZA DE YADASARA, por el precio excepcional de UN PESO.

Si su suscripción comprende las cinco revistas por igual período de tiempo se le enviará la novela GRATIS.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES

	Un año	Seis meses
ZIG-ZAG, Semanal. . . .	\$ 22.50	\$ 11.50
SELECTA, mensual . . .	10.00	5.50
FAMILIA, mensual . . .	10.00	5.50
CORRE-VUELA, Semanal.	9.00	5.00
EL PENECA, semanal . .	4.50	2.50
Las cinco Revistas. . .	52.50	27.00

SUSCRIPCIONES COMBINADAS

En toda suscripción combinada con ZIG-ZAG se hará un descuento del 10 por ciento sobre el importe de dicha suscripción conforme a la tarifa quedando excluido del descuento el valor correspondiente a ZIG-ZAG.

Ordenes y giros a la

EMPRESA ZIG-ZAG, CALLE TEATINOS Núm 666, SANTIAGO

En provincias pídase a los Agentes.

REUMATISMO, GOTA, MAL DE PIEDRA

CURADOS POR LAS

Sales de Litina

EFERVESCENTE

LE PERDRIEL

*Superior á todos
los demas disol-
ventes del Acido
úrico :: :: ::*



DE VENTA EN LAS PRINCIPALES
FARMACIAS Y DROGUERIAS

VINOLIA

JABONES Y PREPARACIONES
PARA EL TOCADOR



Las agradables y refrescantes
cualidades de los jabones
VINOLIA dan mayor suavidad á
la tez más delicada.

L. LEGRAND
Parfumeur
Paris



Pedir las últimas novedades
de la
Perfumería 'Oriza'.

Esencias Age d'Or
Eventail
Relique d'Amour, etc

Ensayarlas es adoptarlas
De venta en las principales Boti-
cas y Perfumerías

Nuestro Concurso de Bellezas



Fotografía del collar de perlas, obsequio de los señores Fabricantes de la HARINA LACTEADA NESTLE, que será adjudicado como único premio á la señorita que obtenga la primera mayoría en la votación final del concurso.

Damos á continuación la nómina de las señoritas que en la votación preliminar ya efectuada, han obtenido las más altas mayorías para optar al premio del concurso.

En nuestra edición próxima correspondiente á Febrero se publicarán los retratos, cada uno con su número de orden, para los efectos de la votación final que permanecerá abierta por seis meses.

Rogamos á las señoritas cuyos nombres se insertan en seguida, tengan á bien enviarnos su retrato, que debe ser de tamaño álbum ó mayor, muy bien impreso.

Toda correspondencia referente á nuestro Concurso de Bellezas debe rotularse al DIRECTOR ARTISTICO DE "SELECTA", EMPRESA "ZIG-ZAG", SANTIAGO.

Enero 1.º de 1912.

CONCURSO DE BELLEZA

La circunstancia de no haber recibido aún los retratos de las señoritas favorecidas con la primera votación en cada ciudad y de que los pocos que nos han llegado no reúnen las condiciones requeridas de tamaño y buena impresión, nos impide empezar en el presente número de *SELECTA* la publicación prometida para los efectos de la elección definitiva que decidirá á quien corresponda el premio de nuestro Concurso de Bellezas.

Rogamos, pues, á nuestros agentes y á las mismas señoritas interesadas, que se sirvan enviarnos las fotografías pedidas cuanto antes les sea posible, para poder hacer la publicación desde el número de Marzo próximo; insistiendo en que los retratos sean de tamaño álbum y de la mejor clase, pues los de tamaño menor y mal impresos no se prestan para una reproducción bien presentada.

Febrero de 1912.

LA DIRECCION DE "SELECTA".



SUMARIO

TEXTO

	Págs.
Hechos y Notas, Luis Orrego Luco	324
La primer remesa, Arturo Conna Doyle	226
Sorolla	329
S. S. Pío X	333
Un arte japonés (esmalte y esmaltadores japoneses de hoy día), Jido Harada	336
El poeta Muchuca, Eliodoro Astorquiza	343
La tumba de Shakespeare, Carlos Arturo Torres	346
Los dioses griegos, Henry Heine	348
Egipto y el Nilo, F. R.	349
El reino misterioso de las palabras, Antonio Bórquez Solar	352
Libros nuevos	353
Un ser no comprendido (conclusión de la novela) ..	354

GRABADOS

Una tripolitana preparándose para la fuga	323
El monólogo, F. Brunery	325
Mis Sippson, Sorolla	329
Rogativa en Burgos en el siglo XVI. Sorolla	329
¡Aún dicen que el pescado es caro!. Sorolla	329

	Págs.
Defensa del parque de artillería de Madrid, el 2 de Mayo de 1808, Sorolla	330
Señorita María Luisa de Maldonado, Sorolla	330
La vuelta de la pesca, Sorolla	330
El Padre Jofré protegiendo á un loco, Sorolla	331
S. M. la Reina Victoria, Sorolla	331
Excma. señora marquesa de Santillana, Sorolla	331
Familia segoviana, Sorolla	331
Monja en oración, Sorolla	332
El beso de la reliquia, Sorolla	332
Después del baño, Sorolla	332
Sala privada de audiencia de S. S. Pío X	333
El dormitorio de S. S. Pío X	334
El altar de la capilla Sxítima	334
Una artista americana en las playas de Holanda....	335
El sueño de la inocencia	342
Peregrinación de la Virgen del Rocío, pasando á través de Sierra Morena, José M. Carbonero ..	344
Primera audacia, primer calofrío, Mme. V. Demont-Breton	348

INSERCIÓN

S. S. Pío X, cuadro tomado del natural por el artista chileno Pedro Subercaseaux	
--	--